

COMEDIA. RENDIRSE A LA

OBLIGACION.

DE DON DIEGO Y DON JOSEPH DE CORDOVA.

PERSONAS.

Federico, Duque de Calabria.
D. Fernando de Mendoza.
Cárlas, Duque de Borgoña.
Enrique, Príncipe.
El Conde Alberto, Barba.
Margarita, Duquesa de Bretaña.

Doña Juana de Lara, Dama.
Porcia, Criada.
Flora, Criada.
Belardo, Jardinero.
Chichon, Gracioso.
Dos Marineros.

JORNADA PRIMERA.

Selva, ruido de tempestad, y dice dentro Don Fernando.

Fern. Ata en esos verdes troncos los caballos, y busquemos donde ampararnos, Chichon, *salen.*

de la tempestad. *Chic.* Reniego de las nubes, que así arrojan, mares de horror y miedo, grandes de agua, y de granizo: grande año de Taberneros, si esto ha caído en Madrid.

Fern. Dexa la chanza, y busquemos si por aquestos contornos alguna cabaña ó pueblo asegura nuestras vidas: camina, pues. *Chic.* Yo recelo,

señor, que has perdido el juicio, pues no adviertes que nos vemos sin guía, norte ó camino, perdidos entre lo espeso

de este enmarañado bosque, en un Pais Extrangero, de quien el rumbo ignoramos, de noche ya, y sin aliento los caballos; y así, en tanto que cesa el agua, podemos debaxo de estas encinas:-

Fern. Aguarda, que á los reflexos de aquel relampago; he visto, sino me engaño, un soberbio, un suntuoso edificio, que desmoronado á trechos, vivo exemplo de los dias, caduco padron del tiempo, puede ampararnos. *Chic.* Bien dices, que á la luz de otro lucero desleído, de quien tienen su noble origen los truenos, le he visto yo. *Fern.* Pues, Chichon, sigue mis pasos. *Chic.* El perro de Tobías, y San Roque nos guie. *Fern.* Ya, á lo que veo,

A

he-

Rendirse á la Obligacion.

hemos llegado á sus puertas,
digo, á su entrada, supuesto,
que solo el quicio dá señas
de que las hubo. *Chic.* San Telmo,
y qué boca tan oscura!
parece dama del tiempo,
que á puro pedir, los dientes
se le han caído y deshecho.

Fern. Sigueme, pues. *Chic.* Ya te sigo:

Entran por una puerta, y salen por otra.
mas si hablo verdad, yo llevo
un miedo como una casa.

Fern. Pues de qué tienes el miedo
yendo conmigo? *Chic.* Ya sabes,
que desde tamaño temo
las cosas de la otra vida,
y en estos casares viejos
suele haber duendes, fantasmas,
incubos, demonios, muertos,
y dueñas en pena, que
para pagar sus enredos,
sus chismes, y sus mentiras,
piden misas. *Fern.* Calla, necio,
que esos son cuentos de viejas.

Dentro ruido de cadenas.

Chic. No son de viejas los cuentos,
sino verdad infalible,
pues anda el demonio suelto
al ruido de estas cadenas.
Ay qué golpazos! yo pienso,
que he de purgar sin ruibarbo
lo que no como, ni ceno,
siguiendo tus aventuras.

Fern. Qué temeroso, qué horrendo
ruido de cadenas! oyes,
Chichon? *Chic.* No señor, que tengo
chamuscados los oídos
con las centellas, y el fuego,
que estos eslabones forman;
y para encender, es cierto,
que la cera, y el pavillo
se ha de hallar en mis greguescos.

Fern. Parece que ácia esta parte
se acerca. *Chic.* San Nicodemus, el
San Agapito, San Cosme,
San Pascasio, San Fulgencio,
y todo el credo me valga.

Hay que el alma de un cochero,
que pena el haberlo sido,
y anda á diestro, y á siniestro
dando vueltas y revueltas,
con un azote de fuego
me ha cascado por detras,
imaginando y creyendo,
que soy mula de la guía.
Señor, qué aguardas? busquemos
la puerta, y vamos de aquí.

Fern. El que es noble, nunca ha
las espaldas al peligro:
yo he de apurar el secreto
de este ruido, aunque aventure
la vida. *Chic.* Yo, qué no tengo
para ver matar un pollo
valor, ni ánimo, confieso,
que es imposible seguirte.

Fern. Pues vete, cobarde, luego,
y esperame en ese bosque;
pero aguarda, que el reflexo
de una luz aquí se acerca:
ácia este lado esperemos
el fin de aquesta aventura.

Retiranse, y sale Federico,
pieles, cubierto el rostro, arrastrando
cadenas, con una hacha en la mano
que pone en el tablado.

Fed. Hasta quando, hado severo,
para perseguirme solo,
tendrás fijo el movimiento?
Ay Margarita divina,
qué lejos estás, qué lejos
de dar alivio á mis males!
Mas si ignoras, que al imperio
de tu hermosura he rendido
alma, vida y pensamiento,
de qué me queixo? ah fortuna!
para qué permite el Cielo
la vida á los desdichados?
Mucho se tarda Laurencio,
y yo estoy:— pero dos hombres,
al parecer Extrangeros,
(ay de mí!) son los que miro.

Fern. Valgame todo mi aliento!

Chic. Jesus, qué cara de café!

Fed. Si se descubre el secreto,

corre peligro mi vida:
la industria con el esfuerzo
me ha de valer. *Fern.* Aunque late
el corazon en el pecho,
asustado á tanto asombro,
no ha de ceder, no, mi aliento
á tal prodigio. *Fed.* Oh, vosotros,
que ignorando los secretos
prodigios de este castillo,
con errado pie habeis puesto
en este sitio las plantas,
salid de este sitio luego,
y no irriteis mi furor,
sino quereis que en el centro
de la tierra os den mis brazos
urna, pira y monumento.

Chic. Yo, sin detenerme un punto,
me iré, como el señor muerto
nos dé pan y callejuela.

Fern. Yo no, pues siendo mi aliento
de noble resolucion,
y fiando lo primero
en la insignia de christiano,
y en el círculo pequeño
de esta guarnicion, que imita
á aquel Sagrado Madero,
que obró nuestra Redencion,
no he de dexar este puesto,
sin saber primero, como
con voz humana, y con cuerpo,
en este lugar asistes.

Y así, de parte del Cielo
te requiero que me digas,
qué causa, y razon ó intento
te obliga á que estés aquí?

Fed. No, presumido y soberbio,
solicites imposibles,
sino quieres ser trofeo,
con tu muerte, de mis iras.

Fern. Si eres (cosa que no creo)
alma, que pena sus culpas,
con sufragios, y con ruegos
piadosos te dará alivio;
mas si eres (á lo que pienso)
hombre como yo, estos brazos,
este valor, este acero
han de apurar lo que he dicho.

Fed. Yo, entre los míos, primero
sabré quitarte la vida.

Fer. Raro valor! *Fed.* Grande esfuerzo!
por Dios, que eres invencible.

Fern. Mal sabes el ardimiento
de un Caballero Español.

Fed. Luego tú, según advierto,
(suspende los brazos) eres
Español y Caballero?

Chic. El alma es preguntadora.

Fern. En aqueste instante mesmo
hemos llegado de España.

Fed. Pues ya recatar no quiero
mi calidad, Patria y nombre,
ni mis desdichas, supuesto,
que en la lealtad Española
vive seguro mi empeño.

Fern. Bien puedes de mí fiarte;
y mano, y palabra ofrezco
de ser tu amigo leal
mientras viva. *Fed.* Yo la acepto.

Fern. Prosigue, pues:— *Fed.* Ya prosigo.

Fern. Que ya escucho.

Fed. Estadme atento.
Yo, generoso Español,
(aunque este traje grosero
me encubre) soy Federico,
hijo del Rey Clodoveo
de Napoles, que con justa
aclamacion goza el Reyno
mas fertil de toda Italia,
logrando prudente y cuerdo
en la fé de sus vasallos
aquel cariño y respeto,
que de amado, y de temido
dan á un Príncipe Supremo
nombre inmortal, que vincula
eterno á su mano el Cetro.
Vivia en Napoles yo,
sin haber sentido el fuego
de amor, ni sus tiranias,
ocupado en el honesto
exercicio de los libros,
del bridon en el manejo,
del negro acero en las lineas,
de la caza en el experto
aparato de la guerra;

y finalmente, en aquellos graves heroicos motivos, que toman los nobles pechos para exercitar iguales el valor con el ingenio; quando acaso (que los males suelen venir sin pretexto) llegó á Napoles un dia cierto pintor extrangero, de grande opinion y fama, y llevaba algunos lienzos al Rey mi padre, que siempre tuvo á la pintura afecto. Entre ellos (ay de mí triste!) iba un retrato tan bello de una muger, que los ojos recelaron y temieron, que fuese idea, y no copia; pues en humano sugeto, al parecer, no cabian juntos tan raros extremos de hermosura y perfeccion; tanto, que yo, amante y ciego, pues al verla le dí el alma, mudo entre el amor, y el miedo, crecí, turbado y confuso, haberme rendido á un lienzo. De qué original (le dixen) procede el hermoso cielo de esta copia? A que responde: Este divino sugeto es Margarita, Duquesa de Bretaña, cuyo Imperio siendo de tan alto empleo pretendientes en su Corte mil Príncipes forasteros, que solicitando todos tener tan hermoso dueño, la festejan y enamoran en lícitos galanteos, con mil diversos festines; y de aquí á un mes han dispuesto en defensa de su gala unos soberbios torneos delante de su palacio, dando al vencedor en premio

una corona de perla, y diamantes, cuyo precio vale una Ciudad. Yo entónces, rendido á tan noble objeto, sin darle cuenta á mi padre, una noche, en el silencio de las sombras, me embarqué solo con un Escudero, en una nave Española, que llevando á popa el viento favorable, nos condujo en breves dias al puerto de la Ciudad de Bretaña, patria, oriente, alvergue y centro de la hermosa Margarita, donde disfrazado llego, y me informo, que entre tantos pretendientes forasteros, era el mas dichoso Enrique, hermano del Rey Fisberto de Francia, pues merecia en público los honestos favores de Margarita, y que acabado el torneo, seria su digno esposo: á cuya noticia, ciego, como zeloso, propuse solicitar mi remedio con la lanza, y con el puño, procurando en los torneos quitarle la vida á Enrique. Salgo á campaña encubierto, donde sus tiendas tenían todos los aventureros, hasta el señalado dia, habiendo visto primero á la hermosa Margarita disfrazada en los festejos que en su palacio la hacian, donde hallé que el pincel necio hizo agravio á su belleza, pues al mirar sus luceros, era su hermosura mas, quanto su destreza menos. Llegó del torneo el dia, y armado del limpio acero, matizado el fuerte arnes

de azul , amarillo y negro,
 colores que publicaban
 desesperacion y celos:
 sobre un caballo de frigia,
 tostado alazan, que al eco
 de la caxa , y el clarin
 iba danzando y moviendo
 la corpulenta estatura,
 monte animado , tan diestro
 en la carrera , y el torno,
 que al medir fuerte y ligero
 los terminos de la valla,
 excedió dos elementos,
 al viento con la herradura,
 y con el relincho al fuego;
 me presenté en el palenque
 entre los Aventureros,
 que eran de una parte y de otra;
 los cortesanos soberbios,
 que con el dichoso Enrique,
 su Caudillo al mismo tiempo
 iban entrando en la tela,
 bizarramente compuestos
 de motes , plumas y galas.
 Partiósse el Sol á los ecos
 del clarin , y los Jueces,
 dexando igual el terreno,
 nos pusieron frente á frente.
 Aquí la pluma de Homero
 quisiera , para pintarte
 el valor , el ardimiento
 de los briosos caballos,
 y valientes Caballeros,
 que hechos yunques en las sillas,
 á tan feroces encuentros
 de las ya deshechas lanzas,
 cubrieron de horror el Cielo,
 de negro vapor el Sol,
 los Astros de polvo denso,
 la tierra de espuma y sangre,
 y el aire de horror y miedo.
 De esta suerte mantenian
 Naturales y Extrangeros,
 en igual grado el valor;
 quando yo atrevido y ciego
 buscaba á Enrique , y el hado
 (que para ser mas adverso

suele ser mas favorable)
 me le puso junto al mesmo
 mirador de la Duquesa,
 sobre un Andalúz overo
 de una nube Cordovesa,
 relampago, rayo y trueno.
 La lanza en ristre le busco,
 y él , al mirar mi denuedo,
 se cubre del fuerte escudo:
 partimos los dos á un tiempo;
 mas como yo le llevaba,
 por zeloso , amante y ciego,
 tan conocida ventaja,
 no fué mucho del encuentro
 venir á la blanca arena,
 confesando desde luego,
 que allí no le derribó
 mi valor , sino mis celos.
 Cayó en fin , y tan mortal
 quedó en la tierra , que el Pueblo
 creyó ser muerto , y á voces
 pide venganza á los Cielos.
 Llega la guarda á prenderme,
 ayudada del esfuerzo
 de los fuertes cortesanos:
 los nobles Aventureros
 en mi defensa se ponen;
 vuélvese á encender el fuego
 de la batalla mas vivo;
 y yo , en tan crecido riesgo,
 solo ver á la Duquesa
 desmayada sobre el pecho
 de una criada sentia.
 Ibase el dia cayendo
 sobre los montes vecinos,
 y la noche con su velo
 las sombras formaba , quando
 arrimando con aliento
 al caballo las espuelas,
 mas bolando que corriendo,
 salgo al campo , llego al sitio
 donde esperaba Laurencio,
 mi Escudero , y sin parar,
 por la senda de un otero,
 á aqueste monte llegamos,
 y á este palacio , que el tiempo
 desmanteló con sus iras,

que

que fue (segun me dixeran en la Corte) muchos años alvergue, quinta y recreo de los Duques de Bretaña, hasta que el Duque Leonelo, abuelo de la Duquesa, falleció en el lance fiero de una sangrienta batalla, quedando desde aquel tiempo yermo, inhabitable y solo, por ser caso verdadero, que las guardas de este bosque, los pastores, y los mesmos que habitaban el palacio, diversas veces oyeron quejarse al difunto Duque, arrastrando por el suelo gruesas y horribles cadenas. Ya sea verdad, ya cuento fabuloso, esto bastó para dexar desde luego todo el sitio yermo y solo, sin que pie humano haya vuelto á poner aquí sus huellas. Yo desesperado, viendo que dexar la tierra fuera cobardía, me resuelvo á habitar este palacio, y para estar encubierto. Laurencio traxo estas pieles y cadenas, con que intentó ser conocido de nadie, fingiendo el horror, que el miedo acreditó en este sitio; y desde un lugar pequeño, que dista de aquí una legua, con el natural sustento viene á verme cada día, de quien supe, que mi encuentro no quitó la vida á Enrique, y que apaciguó el sangriento combate el volver en sí, llevándole el Conde Alberto, valido de la Duquesa, á palacio, donde luego, con medicinas suaves, y lo que será mas cierto,

con sus favores, quedaba libre del pasado riesgo, y que esta noche (ay de mí!) con aclamacion del Pueblo y Nobleza, celebraban (solo de pensarlo tiemblo) sus bodas: quedé mortal y furioso, amante, ciego, desesperado y zeloso, esta misma noche intento hallarme en un gran sarao, que segun dixo Laurencio, se hace en Palacio á sus bodas, donde la Nobleza y Pueblo pueden hallarse en la fiesta, (costumbre antigua del Reyno) con mascarar disfraçados, para morir, ya que muero, con el alivio, la pena, con la gloria, el sentimiento, el pesar y la alegría, con la rabia, y el consuelo de ver la hermosa Duquesa Margarita; pues no siendo de nadie aquí conocido, entre el tumulto, bien puedo aventurarme á este lance, porque de una vez el pecho acabe con tantas penas, tantas dudas y tormentos, congojas, ansias, pesares y desdichas; pues muriendo tan obediente á sus ojos, cumpliré con el afecto de perder á Margarita, y en mi corazon á un tiempo cesará el tropel confuso de ira, amor, envidia y zelos.

Fern. Raro suceso! Yo estoy de escucharos tan suspenso, generoso Federico, que á responderos no acierto: solo os vuelvo á dar palabra de morir al lado vuestro, siguiendo nuestras fortunas.

Fed. Yo con los brazos acepto tan generosa promesa,

y de amigo verdadero
os doy la palabra y mano:
y en tanto que mi Escudero
llega á este sitio, decidme
quien sois, y con qué pretexto
vuestra patria habeis dexado?
Fern. Yo soy, Federico excelso,
Don Fernando de Mendoza,
noble rama que desciendo
del tronco del Infantado.
Madrid es mi Patria, centro
y Corte del Leon de España,
donde prospero y contento,
rico y bien quisto vivia
entre aquellos devaneos,
que la noble juventud,
en licitos pasatiempos,
libre se consagra al ocio,
sin rienda; pero con freno.
Viniendo, pues, una noche
de cierta casa de juego
á deshora, oigo una voz,
que con un blando ceceo,
desde una ventana baxa
me llamaba; yo, atendiendo
que era la voz de muger,
cortés á la reja llego,
y pregunto si era á mí?
Llegando á este mismo tiempo
por esotro lado un hombre,
que desnudo el blanco azero,
me acomete valeroso,
tan presto, que apenas puedo
poner mi vida en defensa.
Saco la espada, y tan luego
nos estrechamos los dos,
que de aquel choque primero,
sin alma y voz mi enemigo
midió de una punta el suelo.
Yo, en fin, turbado y confuso
de tan extraño suceso,
sin conocer la muger,
ni saber con qué pretexto
me llamaba á tales horas,
en un convento resuelvo
retraerme aquella noche,
tan absorto y tan suspenso

de la impensada desdicha,
que aun no hice reparo atento
en las señas de la casa.
Supe otro dia que el muerto
era Don Diego de Lara,
un ilustre Caballero
de Madrid, donde tenia
nobles parientes y deudos
poderosos, y que hacia
la justicia sus esfuerzos
sobre hallar el agresor.

Y pareciendome intento
temerario no volver
la espalda á tan grande riesgo,
determino de pasar
á Flandes, y del Convento
solo con ese criado
salgo una noche encubierto.
Paso corriendo la posta
la noble Vizcaya, y entro
en la Francia por Irun,
corro la Hiyena, y llego
al Ducado de Bretaña,
donde en este bosque espeso
esta tarde nos perdimos,
y á este Palacio me acerco,
huyendo la tempestad
que visteis; donde el suceso
feliz, Príncipe famoso,
de haberos hallado á tiempo
de asistir á vuestro lado
á todo trance, le ofrezco
al templo de mi fortuna,
que venciendo mis deseos,
ni pudo obligarme mas,
ni yo cumpliera con menos,
que perder á vuestro lado
la vida en servicio vuestro.

Fed. Otra vez aquestos brazos,
noble Fernando, te vuelvo,
confirмен nuestra amistad;
y pues tan varios sucesos
en este sitio nos juntan,
no sin providencia, creo
que he de mudar de fortuna
á vuestro lado. *Fern.* Yo pienso
que su rueda ha de caer

á vuestros pies por trofeo.

Chic. Y yo he de quebrarla un exe,
para que su movimiento
no pueda ofenderos mas.

Fed. Aguarda que ya Laurencio
con esta seña me avisa
que ha llegado á aquese puesto:
sigueme, Fernando. *Fern.* Vamos,
gran Señor. *Fed.* Y quiera el Cielo
dolerse de mis desdichas.

Feru. Todo lo vence el esfuerzo.

Fed. Vuestro valor me asegura.

Fern. Seguro estoy con el vuestro.

Fed. Por mí vais á un gran peligro.

Fern. Yo en tal caso no aconsejo
á mi amigo, sino es
con la lengua del acero.

Fed. Ah quién pudiera pagaros
tan generosos afectos!

Fern. Ah quien tuviera poder
de haceros felice dueño
de la hermosa Margarita! *vanse.*

Chic. Ha quién se hallára tan lejos
de estas aventuras, como
la mano de un despensero
de no sisar, no arañar,
y de enmendarse, poniendo
en el peso, y la medida,
medida, conciencia y peso! *vase.*

*Jardin, salen la Duquesa Margarita,
Porcia y Damas.*

Porc. De tu tristeza me espanto.

Marg. Ay Porcia! que mi pasion,
si la ignora la razon,
no la desprecia mi llanto;
pues quando alegre y ufana
todas mis dichas publique,
esposa (ay de mí!) de Enrique
he de ser: no se qué vana
ilusion, qué fantasía
mi pecho turbado asusta,
que de nada el alma gusta.

Porc. No le usurpes la alegría
al prado, si se repara
que faltando tus primores,
se marchitarán las flores
sin el Abril de tu cara.

Vuelve á tu rostro divino
el nacar, y tus enojos
restituyan á tus ojos
las luces. *Marg.* En mi destino
grandes males considero:
el discurso traigo loco:

quanto miro, y quanto toco
es un presagio, un aguero,
con que mi adversa fortuna,
envidiosa de mi dicha,
me previene una desdicha.

Porc. No des á tan importuna
tristeza credito, y mira
que llega ya á este jardin
el prevenido festin.

Marg. A este lado te retira,
y la mascarilla puesta
(corazon, disimulemos)
á que empiecen esperemos.

*Ponense mascarillas, y salen el Príncipe
Enrique, hombres y mugeres de gala,
y con mascarillas, y músicos.*

Criad. Gran noche, Señor, gran fiesta
no vi concurso mayor.

Enr. Yo le hubiera perdonado
por haberme desposado,
que es muy colérico amor:
y el que ama, espera en fin;
si tarda, se desespera
la gloria que amando espera:
mas ya empiezan el festin.

*Salen Federico, Don Fernando y
chon con mascarillas, y comienzan
el festin.*

Mus. „ A las bodas felices y alegres
„ del sol de París, y la flor de Bretaña
„ con vistosos compases se mueven
„ almas, corazones, galanes y damas
„ O qué firmes ocupan el viento
„ airosos los cuerpos, ligeras las plumas
„ ostentando bizarros y airosos
„ la fé en el cariño, y el gusto en
galas!

„ Suspended los ojos, recread las almas
„ ostentando mayores finezas,
„ al paso que forma mayores mudanzas
Mientras canta la musica dicen los músicos

siguientes Federico y Margarita
al tomarse las manos en los lazos
del festin.

De dos Ingenios.

9

Fed. Aunque trae cubierto el rostro,
esta es Margarita: salga
mi afecto de mi silencio.

Ha bellísima tirana!
si matas, para qué obligas?
si obligas, para qué matas?

Marg. Con quién hablais, Caballero?
Fed. Con el dueño de Bretaña.

Marg. Ved que os habeis engañado.
Fed. Nunca se engaña quien ama.

Marg. Pues eso no es del festin,
mirad que errais las mudanzas.
Fed. Cómo ha de poder mudarse
un alma que os idolatra?

Marg. Advertid, que escucha el Duque.
Fed. Ya me ha visto en la campaña,
y sabe lo que es mi brazo.

Marg. En ira el pecho se abrasa:
este es el traidor alevé,
que derribó en la estacada
á mi esposo. Ola, soldados,
cese el festin: ola, guardas
de Palacio, acudid presto,
y sin que ninguno salga
de aquí, se descubran todos,
que una traicion, no pensada,
hay en Palacio encubierta.

Enr. Quién á tu belleza causa
tales extremos? Marg. Enrique,
un traidor que aquí se halla.

Enr. Pues qué aguardais? descubrios.
Descubrense todos, menos los tres.

Fed. Ya lo estamos á tus plantas.
Menos los tres que es preciso
guardar ahora las caras,
y pedir el paso franco.

Enr. Cómo, si el rostro recatas,
de aquí has de salir, no siendo
por los filos de mi espada?

Fed. Eso es lo que yo deseo,
pues con tu muerte se acaban
mis tormentos, y mis penas.

Fern. A tu lado estoy, qué aguardas?
Enr. Mueran los traidores. Fed. Muera

el que usurpa á mi esperanza
el cielo de Margarita.

Apaga Federico las luces con la espada,
y entranse riñendo.

Marg. Sin vida voy, y sin alma!
pague la pena, pues tuve
la culpa de esta desgracia.

Dent. Enriq. Muerto soy: valgame el
Cielo.

Uno. Coged el paso, no salgan
del jardín, que el Duque es muerto.

Salen Federico, Don Fernando, y
Chichon.

Fed. Por aquesta puerta falsa
del jardín, que la Duquesa,
para que el Pueblo se hallára,
y nobleza en el festin,
aquesta noche dió franca;
entre el confuso tumulto
podemos salir. Fern. Qué aguardas?
vamos pues. Fed. Seguidme todos.

Vanse, y salen dos Marineros.

Mar. 1. El mar ha estado en bonanza;
pero ya el viento refresca,
y está la nave cargada
de ropa, y de pasajeros.

Mar. 2. Pues á qué Patron aguardas?
vamos al esquite. Mar. 1. Espera,
y veremos en la playa
si alguno quiere embarcarse,
que á mas moros mas ganancia,
y quizá tendremos lance
con la prisa.

Salen Federico, Don Fernando, y
Chichon.

Fed. Pues la traza
dice que sois Marineros,
decid si acaso se halla
en la playa algun navio,
que esta misma noche salga
del Puerto. Mar. 1. Mi nave, amigo,
con las velas levantadas
está ya para surgir;
pero el viage es á España,
y el precio ha de ser subido,
por estar ya tan cargada,
que ya no aguanta mas buque.

B

Fed.

Fed. Pues los tres de camaradas
á España hacemos viage.
Sea esta cadena paga
del pasage, vamos presto. *dasela.*

Mar. 1. Bien está; pero me falta
saber si es oro, ó alquimia.

Chic. Eso se sabrá mañana
en los plateros del mar.

Fern. No dudeis, que el que le esmalta
es oro; y puesto que van
en vuestra nave empenadas
nuestras personas, podreis
ir seguro. *Mar.* 1. Eso me basta,
que pareceis gente noble:
llega el esquife á la playa,
y vamos á bordo. *Tod.* A bordo.

Fed. A Dios, hermosa Bretaña,
y quiera Dios, que algun dia,
para fin de mis desgracias,
vuelva con la vida á verte
el que en tí se dexa el alma. *vanse.*

*Salen el Senescal Conde Alberto, barba,
y Belardo, jardinero.*

Alb. La Duquesa mi Señora,
despues del triste suceso
de anoche, que con exceso
toda Bretaña le llora,
quiere venirse á esta quinta,
sin que el motivo sepamos,
que de flores, y de ramos
el Mayo lucido pinta;
y el mar, con ondas suaves,
sin tener mas osadía,
besa de esta galería
los duros marmoles graves
de sus puertas, desde donde
suele salir con sus damas
surcando montes de escamas
á esa playa, que responde
á la Ciudad por el Puerto,
y hoy me avisó que vendria
por aquesta galería
en sus gondolas, y es cierto,
que ya no puede tardar.

Bel. Todo está ya prevenido,
como me habeis advertido.

Venga su Alteza, que el mar,

quieto en sus esferas sumas,
la espera entre sus raudales
por ninfa de sus cristales,
por Diosa de sus espumas;
y yo, que soy jardinero
de estos floridos pensiles,
pienso darle mil Abriles
en ramilletes, que espero
componer con nudos fieles,
aunque son intentos vanos,
siendo jazmines sus manos,
siendo sus labios claveles,
que por Dios, que su belleza
es de todos la alegría.

Alb. Su grave melancolía,
y su profunda tristeza,
con mil desvelos ingratos,
que sus males acrecientan,
mas cada dia se aumentan.

Bel. A ese achaque llaman flato
los Médicos: disparte,
que el alma y juicio enmaraña,
y le dice, que de España
vino con el chocolate. *Dentro*
Mas los remos nos avisan
de que ya su Alteza llega
á la Quinta. *Alb.* A recibirla
quiero salir á estas puertas,
que el mar con sus ondas bate.

Salen Margarita, y sus damas
de luto, y criados de acompañamiento

Marg. Ay de mí! que tantas penas
aun no me quitan la vida!
Cielos, ó vengad mi ofensa,
ó dadme la muerte. *Alb.* Ya,
como vuestra Alteza ordena,
para Reyna de sus flores
aquesta Quinta os espera,
alegre, y vana de ver,
que la Primavera venga
duplicada á sus Países:
bien que de sus flores bellas
fia el primor y cultura,
menos del Aura alhagueña
del Mayo, que del contacto
breve de las plantas vuestras.

Marg. Habeis convocado, Alberto

como ordené, la nobleza
y plebe? *Alb.* Ya estan aquí,
y en la antecámara esperan
vuestras ordenes. *Marg.* Decídesles
que entren. *Salen los mas que pudieren.*

Uno. Denos vuestra Alteza
las plantas. *Marg.* Alzad del suelo;
y porque no esté suspensa
la Corte, Bretaña, el mundo,
sabed, que á esta Quinta amena
me he retirado, vasallos,
con intento, pues tan cerca
está de la Corte, que
no faltaré á la tarea
del político gobierno;
de no salir jamás de ella,
ni mudar aqueste trage
funesto, hasta que resuelta
tome la justa venganza
de mi agravio, y de mi afrenta.
Y por mi grandeza juro,
por el cielo, y las estrellas,
y por el sagrado Autor,
que aquestos astros gobierna,
de jamás tomar estado,
ni mirar las luces bellas
del sol con alegre rostro,
en tanto que la cabeza
de aquel alevé traidor,
que dió muerte en mi presencia
(rabio al decirlo) á mi esposo,
despojo infame no sea
de mis iras á mis plantas,
para que la fama pueda
las quatro partes del mundo
correr, y de esta promesa
darles noticia á los hombres;
pues el que tuviere estrella
(siendo noble) de lograr,
dándole la muerte fiera
á aquel traidor, mi venganza,
gozará, sin competencia,
de mi estado, y de mi mano;
pues nadie es difícil la empresa,
ni hay en mi Corte quien pueda
decir que le ha visto el rostro.

no hay cosa que esté encubierta
del ingenio y del valor,
porque nada se reserva
del tiempo, y de la fortuna;
y así podrán:— mas por estas
ventanas, que el mar registran,
dos Naves miro Extrangeras,
que por diferentes rumbos
surcando en sus ondas crespas
montes de rizada espuma,
vienen corriendo tormenta,
forcejeando contra el viento;
pero ya llegan tan cerca,
que se escuchan sus clamores,

Dentro voces, como en tormenta:
1. Iza el trinquete y la vela
mayor: amaina, Piloto,
arria la levadera
y entena, que nos perdemos.

2. Socorrednos, Virgen bella.
*Dentro Cárlos, y Doña Juana á un
tiempo por diferentes partes.*

Los 2. Valedme, Cielos divinos.

Marg. Ya sin timón, y sin velas,
y zozobrada la quilla,
chocando entre aquellas peñas,
se han ido á pique: Ay Alberto!
haced que con diligencia
partan mis Gondolas luego,
y recojan las que puedan
en tan misera fortuna.

Alb. Voy á hacer lo que me ordenas;
pero dos jóvenes miro,
que dilatando la fiera
muerte entre las crespas olas,
ácia esta parte se acercan;
socorredlos entre tanto,
que lo que manda su Alteza
voy á executar.

*Salen como arrojados del mar, y des-
nudo Cárlos, Duque de Borgoña, y
Doña Juana de hombre, cada uno
por su parte.*

Cárl. y Juan. Fortuna,
mil veces beso la tierra
con que mi vida redimes.

Porc. Qué desdicha! *Marg.* Qué tragedia!

Llegase Porcia á Carlos, y una Dama á Doña Juana, y á un tiempo les dicen.

Las 2. Mirad que os está esperando,

Extranjeros, la Duquesa de Bretaña, llegad presto.

Carl. Qué escucho! de nuevo intentas favorecerme, fortuna; *ap.*

pues si es Margarita bella la primer cosa que encuentro,

quando disfrazado á verla de mi Reyno me ha traído

la fama de su belleza, feliz el presagio anuncia

mi dicha. *Juana* A las plantas vuestras, gran señora, mi fortuna,

ya favorable, y no adversa, (pues me arroja á vuestros pies)

pone mi vida, y en ella (si el infeliz tiene vida)

empeña vuestra grandeza amparar á un desdichado.

Ay Don Fernando! que ciega de la muerte de mi hermano,

fue fuerza dexar hacienda, honor, y patria por tí;

pues viéndome ya sujeta á la calumnia del vulgo,

de mi padre á la sospecha, aquella infelice noche,

huyendo de la violencia con que amenazó mi vida,

viendo ya que no le queda otro recurso á mi fama,

que ser tu esposa, resuelta en tu seguimiento vengo,

por si mi honor, mis finezas, y mi cariño te obligan.

Carl. Yo, señora :- (su belleza *ap.*

aun es mayor que su fama) no infeliz ya, pues la esfera

de tanto sol favorece mi vida, de mi tragedia

doy gracias á la fortuna, puesto que á vuestra presencia

me trae lisongera, donde no solo en mi rostro sella

la obligacion de serviros, sino me ofrece alhagueña seguro puerto á mis ansias, gloria inmortal á mis penas, dulce alivio á mis peligros, y bonanza en la tormenta.

Marg. Alzad del suelo, y decid quien sois. *Salte*

Alb. Ya quedan en tierra los miseros navegantes, sin que ninguno en las crespas ondas perdiese la vida.

Juana Yo bellísima Duquesa de Bretaña, soy un noble Español, á quien la adversa suerte, por una desgracia, sacó de su Patria mesma, que en esa ligera Nave iba á asistir en las guerras de los Flamencos Países, quando la borrasca fiera, que habeis visto, me arrojó á este sitio, porque tengan dichoso fin mis desdichas.

Ay, Fernando, quien creyera que sin que tú me conozcas, sin que descuidado sepas mi fé, siguiendote vengo como á norte, como á esfera de mi honor, y de mi vida!

Carl. Yo, obedeciendo á tu Alteza (hasta saber su intencion, encubrirá mi cautela, que soy de Borgoña Duque) soy el Conde de Turená, Alexandro de Valois, que con cartas de creencia, y una solemne embaxada iba á tu Corte Suprema de parte del Duque Carlos de Borgoña: á quien la lengua de la fama, de atrevido (para aclamar sus proezas) le dá renombre inmortal, porque en las lides sangrientas, y en los marciales encuentros, delante de sus hileras

es el primero de todos;
que haciendo su fama eterna,
osado la lanza empuña,
y altivo el bridon maneja.
Y puesto que favorables
los hados á tu presencia
tan sin pensar me han traído,
luego que tu gusto sea,
podrás oír mi embaxada.
Marg. En esta ocasion no fuera
agasaio el escucharos:
descansad, que en la primera
audiencia sabré del Duque
la intencion. *Carl.* Con qué prudencia
y severidad responde! *ap.*
Marg. Y vos, puesto que á mi tierra
derrotado habeis venido,
tendreis amparo y defensa
de mi piedad generosa,
ya prosiguiendo la empresa,
que os sacó de vuestra Patria,
ó quedando con decencia
en mi Corte. *Juana.* Mi silencio
en mi obligacion reserva
el justo agradecimiento
de tanto favor: Oh, quierais
dolerse el Cielo de mí!
Marg. Conde Alberto. *Alb.* Qué me or-
vuestra Alteza? *Marg.* Que lleveis
á vuestra posada mesma
al Conde Alexandro luego,
para que descanse en ella
de las pasadas fortunas;
y juntamente os entregue
mi piedad á ese Español,
pues corre ya por mi cuenta
su amparo. *Alb.* Venid los dos.
Juana. Amor:-- *Marg.* Venganza:--
Carl. Cautela:--
Juana. Que en tal estado me has puesto:--
Marg. Que tanto en mi pecho reynas:--
Carl. Que á tanto Sol me conduces:--
Juana. Pues soy ya tu prisionera:--
Marg. Pues mi ofensa te consagro:--
Carl. Pues conoces mis finezas:--
Juana. Ampara mi honor perdido:--
Marg. Mis nobles iras alienta:--

Carl. Favorece mi esperanza:--
Juana. Para que Fernando sepa
lo que á mi fineza debe.
Marg. Para que logre mi afrenta
satisfaccion de su agravio.
Carl. Para que mi industria pueda
conseguir á Margarita.
Los 3. Y á tan generosa empresa,
ni la estorve la fortuna,
ni se opongan las estrellas.

JORNADA SEGUNDA.

*Salen Federico, y Don Fernando de
hortelanos, con espadas y capotillos,
y Chichon detras.*

Fed. Gracias al Cielo, Fernando,
que pisamos esta tierra,
despues de tantas fortunas,
aflicciones y tormentas,
como en el mar padecemos.

Fern. A la suerte agradeciera,
gran Federico, el que estemos
en Bretaña, quando en ella
tan evidente peligro
vuestra vida no corriera.

Fed. Yo por mi parte, Fernando,
agradecido á mi estrella
estoy; porque quando el hado
contrario á mi vida sea,
qué mayor bien, qué fortuna
mayor habrá, que perderla
de Margarita á los ojos?

Chic. Tú has dado en graciosa tema:
Señores, que haya en el mundo,
quando hay gorrondas que ruegan,
quien se ande por imposibles!
Bien haya España mi tierra,
donde á poca costa encuentro,
á la luz de una taberna,
Princesas, que son fregonas,
fregonas, que son Princesas.

Fed. En efecto, yo no puedo
vivir un punto sin verla;
y así á Bretaña me vuelvo,
como á centro, y como á esfera,
donde está mi sol divino,

don-

dónde está mi aurora bella.

Chic. Mira por un solo Dios,
que no háy muchacho de escuela,
ni niño de la Doctrina,
que de memoria no sepa,
y no diga: en España
cayó la gran Princesa de Bretaña;
y si ella cae, como dicen,
en que estamos aquí, cierta
es nuestra muerte. *Fed.* Chichon,
al Cielo le agradeciera
esa dicha, y así elijo,
en dos linages de penas,
mas morir de estarla viendo,
que no morir de no verla.
Ayer en su Corte entramos,
y ayer supimos en ella,
(ay Cielos!) que Margarita,
después de hacer las exéquias
de su esposo, airada y triste
vive en una Quinta amena,
retirada de la Corte,
con tan profunda tristeza,
con rencor tan invencible,
que olvidada de sí mesma,
promete su hermosa mano
á quien me mate, ó me prenda,
como sea noble; y que andaban
buscando con diligencia
jardineros, que sirviesen
de pulir la estancia bella
de unos hermosos jardines,
donde divertir su pena.
Mudamos traje y venimos,
por si consigue mi estrella,
que los dos de jardineros
la sirvamos; porque fuera
de que nadie nos conoce,
despaché con diligencia
á Napoles á Laurencio,
avisando de esta empresa
al Rey mi padre, Fernando,
para que su Armada venga,
y costeano aquestos mares,
esté á la mira en defensa
de nuestras vidas; y pues como
esta prevencion, y esta

cautela se logren, pienso,
después de tantas tragedias,
volver de nuevo la vida
á mi ya esperanza muerta.

Chic. Está bien: mas dí, Señor,
yo, que no he entrado en la cuenta
qué he de hacer? *Fed.* Mira, Chichon,
si tú pudieses con ella
introducírte:— *Chic.* Yo, cómo?

Fed. Si tú quieres, agudeza
tienes para todo: advierte,
Chichon:— *Chic.* Lo que Chichon

Fed. Que si alguna traza buscas,
te ha de valer esta empresa
ser rico toda tu vida;
pues grande fortuna fuera
tenerte siempre á su lado,
siendo una espía secreta,
que de todo me avisase.

Chic. Dexeme pensar que treta
buscaré, que no me salgan
chichones en la cabeza:
ser bufon, es cosa fria;
pero ha buen Chichon! topela,

No dicen, que á visitarla
de sus continuas tristezas
diversos Médicos vienen
de Flandes, de Inglaterra,
y de otras partes? *Fed.* Es cierto.

Chic. Pues no se hable en la materia.

Fed. Necio, si latin no sabes,
en las juntas que se ofrezcan,
cómo has de hablar? *Chic.* Los Doctores
en las juntas de mi tierra,
hablan solo de sus mulas,
y con echar dos sentencias
de Galeno, y de Esculapio,
que el demonio las entienda,
uncias quatro, caparrosa,
farmacopola, epidemia,
ficorum, mirabolanos,
elistel, herrois, que en mi lengua
todo aquesto decir quiere
pepinos y verengenas;
con hacerla dos sangrias,
y que la raigan las piernas,
que me maten si en dos dias

no la pongo sana y buena.

Fed. Toma esta cadena, y vete, que ya estamos á la puerta de la Quinta. *Chic.* Pues á Dios, que voy á comprar con ella un sortijon, y una mula, pues solo en aquestas prendas consiste de los Doctores el artificio y la ciencia.

Fern. La puerta de los jardines imagino que está abierta, entremos.

Entran por una puerta, y salen por otra.
Fed. Hermoso sitio!

Fern. Qué magestad, qué grandeza maestran estatuas y fuentes!

Fed. Aguarda, Fernando, espera, porque un hombre viene allí: ayude amor mi cautela.

Salé Bel. La Duquesa mi Señora, para divertirse, en fin, quiere baxar al jardin, y me hacen gran falta ahora Tirso y Llorente, que á fé, que con cuidado servian, y los quadros componian, y hoy es preciso que esté con aseo, y con primor todo este hermoso vergel, por dar la Duquesa en él audiencia al Embaxador de Borgoña, al qual le he dado una llave del jardin, que es muy galante; y en fin, sus doblones le ha costado, para venirse al terrero estas noches á hablar con las damas, y á gastar necesidades y dinero. Amantes los que os andais en tan imposible empleo, de qué os sirve? Mas qué veo!

Fed. Por noticia que he tenido, Señor, de otros compañeros, que buscan dos jardineros, yo, y mi hermano hemos sabido,

y así, venimos los dos con grato y sencillo pecho; por si somos de provecho para este oficio. *Bel.* Por Dios, que me parecen honrados, y ha sido fortuna extraña.

De qué tierra sois? *Fern.* De España

Bel. Animos cria alentados: qué os forzó á dexar la tierra?

Fern. De nuestro oficio advertir la poca medra, y seguir los aplausos de la guerra. Pero como la fortuna es varia, aunque la buscamos mi hermano, y yo, no la hallamos, y así, á la primera cuna se vuelven nuestros ardores, creyendo de su rigor, que viviremos mejor entre exércitos de flores,

Bel. Qué nombre teneis aguardo.

Fed. Ayude á mi intento amor: Celio me llamo, Señor.

Fern. Y yo me llamo Lisardo.

Bel. De suerte, que bien sabráis vuestra maña, y vuestro aseo cuidar de aqueste recreo.

Fed. La experiencia os lo dirá.

Bel. Alto, ya estais recibidos, y así, no hay sino empezarse á servir, y á trabajar; y estad los dos advertidos, que es buena ocasion ahora la que la fortuna os dá, porque en esta Quinta está la Duquesa mi Señora: así que como de aquestas fuentes invenciones fabriqueis, y las flores adorneis con aseos diferentes, cuidando de estos amenos quadros, que Abril matizó, podreis obligarla. *Fed.* Yo me contentára con menos.

Bel. La soldada que os darán á cada uno cada día (qué corre por cuenta mia)

es real y medio, y un pan.
Aquí tendreis, sin engaño,
por mayores intereses,
zapatos cada tres meses,
y vestido cada un año;
vino, que un candil ariza,
leña, quanta se quisiere,
sin los provechos que os diere
la fruta, con la hortaliza.
Oid aparte. *Sal. Doña Juan. de hombre.*

Juana Mis penas,
y mis ansias á este sitio
me traen, pues la soledad
es de la tristeza alivio.
Buena me has puesto, fortuna,
pues habiendo ya sabido
(ay de mí!) que Don Fernando
no está en Flandes, en servicio
de la Duquesa me tienes,
buscando amparo y abrigo
en su grandeza. Ay Fernando!
qué lagrimas, qué suspiros
no me cuestas, sin que pueda,
á costa del dolor mio, me
encontrarte, ni atraerte
al iman de mi cariño!
Oh si mi afecto supieras!
Mas cielos, qué es lo que miro?
es ilusion? es encanto?
es fantasía, es delirio?
No es Don Fernando aquel hombre,
que toscamente vestido
está con Belardo hablando?
estoy loca, estoy sin juicio.
Cómo es posible, que á un alma
pueda engañar un sentido?
Así averiguarlo quiero:
ha hidalgo. *Fern.* Es á mí?

Juana A vos digo.
El es, cielos, y yo extraño
la causa que le ha traído
á Bretaña en este trage;
mas apurar sus designios
intentaré. *Fern.* Qué mandais?
Juana La primera vez que os miro
en los jardines es esta;
y así quisiera. *Fren.* Decidlo.

Juan. Saber quien sois. Ay fortuna
tan extraña! *Fern.* Con deciros,
que otro compañero, y yo,
en aqueste instante mismo,
nos hemos acomodado
para adornar de este sitio
árboles, quadros y fuentes,
á todo os he respondido.

Juana El nombre? *Fern.* Celio es mi nombre.

Juana De qué tierra? *Fern.* Española.

Juana Cielos, hablarle es preciso,

y no hay ocasion ahora;
estó ha de ser. Yo he venido
á traer un recado
de una Española, que vino
á ser dama de su Alteza,
y que hoy está en su servicio:
desde aqueles miradores
os vió pasar, y ha sabido,
Celio, que sois Español,
á cuya causa me dixo,
que porque tiene que hablaros
en estando recogido
en la Quinta, baxará
á buscaros á este sitio,
encargandoos, que sin falta
esteis en él, advertido,
de que es cosa que la importa;
y ahora, porque he sentido,
que su Alteza al jardin baxa,
es ausentarme preciso:
A Dios os quedad: fortuna,
buscaré luego un vestido
de muger, y baxaré
entre estas flores y mirtos
á celebrar mi ventura,
pues hallado un bien perdido,
ya ni temo tus mudanzas,
ni me afligen mis peligros.
Fern. Cielos divinos, que oí?
hay novela mas extraña!
en tal trage, y en Bretaña,
quién puede buscarme á mí?
Vive Dios que he de apurar
este enigma, y he de ver
á esta Española muger.

Bel. Ea, hijos á trabajar, mirad que hay mucho que hacer, y importa la brevedad: los azadones tomad, dá los azadones. y empezad á componer estos quadros; pero allí la Duquesa viene. *Fed.* Ay cielos! amor, en tantos desvelos, duelete una vez de mí.

Ponense á cabar los dos, apartase á un lado Belardo, y sale Margarita de luto, y Alberto, Flora y damas.
Alb. Los memoriales, señora, como me ordenaste hoy,

traigo á tu Alteza. *Marg.* No estoy para despachar ahora, dexadme. *Alb.* Rara tristeza.

Marg. Senescal: de pena muero!
Alb. Señora. *Marg.* Leed el primero.

Alb. Aquí suplica á tu Alteza:--
Marg. Qué decís? *Alb.* El memorial.

Marg. No os acabé de advertir, que á ninguno quiero oír?

Alb. Yo entendí. *Marg.* Entendiste mal: bueno es querer vos, que aquí,

entre mil ansias mortales, esté yo en los memoriales,

no acertando á estar en mí?

Ay Enrique? quién pudiera, á costa de mi dolor,

vengarte de aquel traidor, que á mis ojos muerte fiera

te dió, por vengar en él mi irritado corazón

la mas horrenda traicion, y el delito mas cruel,

que vió el mundo! *Flor.* Gran señora, por Dios, que álegarte intentes

entre estas flores y fuentes.

Marg. En mí no hay alivio, *Flora.* Hasta estar triste, asegura aplausos á tu belleza,

que al paso de tu tristeza, va creciendo tu hermosura.

Marg. Lisonjas, *Flora?* *Flor.* Señora; negarlo fuera traicion.

Marg. Aquellos hombres quién son?

Bel. Dos jardineros, que ahora acabo de recibir.

Marg. Llamadlos. *Fed.* Ay soles bellos! *ap.*

Marg. Por ver si puedo con ellos mi tristeza divertir.

Bel. Ola, mancebos, llegad, ved que su Alteza os aguarda.

Fed. Tanta dicha me acobarda: arodillad, dadnos las plantas. *Marg.* Alzad.

Bel. Este se llama Lisardo, *por Fed.* y este Celio: hermanos son. *por Fern.*

Flor. Y el tal Celio, en conclusion, *ap.* es brioso, y es gallardo.

Marg. De dónde sois? *Fed.* En España nacimos sin duda alguna.

Marg. Y decidme, qué fortuna trajo á los dos á Bretaña?

Fed. Verme en mi Patria morir.

Marg. Puedo la causa entender?

Fed. Aunque lá queráis saber, yo no os lo sabré decir.

Marg. Tanto os importa el secreto?

Fed. Delante de vos no sé como lo diga. *Marg.* Por qué?

Fed. Me turba vuestro respeto.

Marg. Ya mi licencia teneis, y fuera de que os la doy,

me divertirís. *Fed.* Sin mí estoy! *ap.* basta que vos lo mandeis.

Marg. Era pobreza, en rigor, lo que me encubris ahora?

hablad claro. *Fed.* No señora.

Marg. Pues qué era? decidlo. *Fed.* Amor.

Marg. Amor fué la causa? pues eso os tuvo enmudecido?

Fed. Qué retorica ha podido decir lo que el amor es?

Marg. Qué en vos tambien hay firmeza? de qué os turbais? *Fed.* En rigor,

de haber nombrado el amor delante de vuestra Alteza.

Marg. No ví language tan raro, tan cortesano y discreto.

Y en fin, quién era el sugeto? porque, si mal no reparo,

os pudo corresponder: decidme quien era ya.

Fed. Una muger. *Flor.* Claro está,
que un hombre no habia de ser.

Marg. Tal rato tener no espero. *ap.*

Flora, escucha por tu vida,
que me tiene divertida
el amor del jardinero.

Era hermosa? *Fed.* El que está amando,
siempre el sugeto encarece;
lo era tanto, que parece,
que ahora la estoy mirando.

En fin, aleve y tirana,
solo por quererla, entiendo,
que aun hoy me está aborreciendo.

Marg. Vos la olvidareis mañana:
pero queriendola así,
cómo tan tibio os mostrais,
y en España la dexais?

Fed. Qué sabeis vos si está aquí?

Marg. Que no he tenido, sospecho, *ap.*
mejor rato: aquí no sé

cómo puede ser. *Fed.* Porque
siempre la traigo en mi pecho.

Marg. Decid, sabreis componer
estos quadros que mirais?

Fed. Si vos al jardin baxais,
qué tiene el arte que hacer?

Ocioso ha de ser, entiendo,
cuidar de este sitio, quando
al paso que vos pisando,
vá la tierra floreciendo.

Todo este vulgo de olores
solo á vuestra vista crece,

y este sitio os obedece
como á Reyna de las flores.

Del Aurora al arrebol

os harán mis manos fieles
ramilletes de claveles,

pastillas que quema el Sol.
Narcisos del nombre vanos

presentaros mi fé intenta;
los jazmines, haced cuenta,

que los teneis en las manos.
Esto os ofrezco, y en fin,

como llegue alegre á veros,
haré mucho, y no en volveros

lo que vos dais al jardin.

Salé un criado. Un Médico, gran señora,

que me parece en la traza
Español, y por las señas
la figura mas extraña,

que he visto, te quiere hablar.
Marg. Decid que entre: tiranas
memorias, qué me quereis?

Salé Chichon de Médico ridículo.

Chic. Paz sea en aquesta casa,
que aunque es jardin, en nosotros
esta es la entrada ordinaria.

Quién es aquí mi señora
la Duquesa? *Criad.* Qué ignorancia!

la que mirais. *Chic.* Soy un puerco-
dadme, señora, esas plantas,
y tened á mucha dicha,

que aquesta visita os haga
el mayor fisico que hay
en Flandes, ni en Transilvania.

Flor. Rara figura es el hombre!
Marg. Cómo os llamais? *Chic.* En España
el Dotor Sanalo-todo

los muchachos me llamaban.
Marg. Con tanto acierto curais?
Chic. Es echarme á mi tercianas

y tabardillos, echar
sombremos á la tarasca:
en mi vida curé enfermo,

que no saliese de casa
en breves dias, señora.

Marg. Esa habilidad no es mala:
cómo? *Chic.* A la Iglesia entre quatro
hermanos de la Capacha:

á los enfermos de ojos
no solamente sanaba,
mas quedaban con oficio.

Marg. Con oficio? *Chic.* Es que cegaba
y el que con vista no tuvo
en su vida ni una blanca,

estando ciego, de ochavos
era una sima de cabra.
Posible es que del Dotor

Gordolobo no haya fama
en esta tierra! en efecto,
llegó, señora á mi Patria

yuestra rara hipocondría,
que es un mal que toca en rabia,
y luego al punto, aunque en ella

un pozo de oro ganaba,
vine á veros; porque hablando
de veras, no hay en España
quien la cure como yo.

Marg. De los achaques del alma,
Dotor, quién entiende? *Chic.* Bueno:
yo me pelaré las barbas,
si en dos dias no os pusiere
alegre como una pasqua.

Hincase de rodillas, y tomala el pulso.

Venga el pulso: intercadente
le teneis, flatorum causa.

Primeramente os ordeno,
que sea corta la vianda,
porque dice allá Galeno:
omnis saturatio est mala:
de noche podeis tomar,
si quereis, una almendrada
de capones muy manidos,
pasados por alquitara.

Marg. Nunca tal remedio oí.

Chic. Pues es de mucha substancia:

chocolate, ni por pienso,
es melancolico, y mata,
& est valde opilativum,
Galeno sesione quarta,
parrafo chocolatorum,
y tomareis limonadas,
y cosas frescas; con esto,
y con que empeceis mañana
á sangraros un poquito
por la sangre requemada
que teneis, y una purguita,
y fabricamentos que os hagan,
uncias quatro de vihuela,
y de musica dos dragmas,
la señora hipocondría
se irá muy enhoramala.

Marg. Buen humor teneis. *Chic.* Señora,
cada uno, el que tiene gasta.

Marg. Para mis males, mas ciencia
teneis vos sin saber nada,
que todos los que me curan;
y pues yo he sido la causa,
según decís, de que vos
dexaso hayais vuestra Patria,

en mi camara os quedad.

Chic. Beso mil veces tus plantas;
pero vive Dios, que aquí
lo mejor se me olvidaba. (nes,

Marg. Y es? *Chic.* Que en aquestos jardi-
por tardes y por mañanas,
hagais exercicio, porque
los humores adelgaza
y desopila; miradlo
en aquestos que trabajan,
que están robustos, y es solo
el exercicio la causa:
bravos picarones son! *llega á ellos.*

Fed. La vida me has dado. *Chic.* Calla,
que no he de ser yo Chichon,
ó he de ponerla mas blanda
que una breva. Quién es este,
que parece un gran panarra? *á D. Fern.*
pasad aquí vos. *Fern.* Estas loco?

Chic. Las raciones atrasadas
me has de pagar, y si no,
allá lo verás mañana.

Por Jesu-Christo, señora,
que teneis famosas damas
en vuestro servicio: cierto,
que hay aquí angélicas caras,
y aquesta que está á mi lado *á Flora.*
mil reconcomios me causa.

Diga, Reyna, tiene Usía
tambien por concomitancia
hipocondría? *Flor.* Una poca.

Chic. Qué ojos de grande taimada
tiene! *Flor.* Por qué lo pregunta
el Señor Dotor? *Chic.* Por darla
unas pildorillas, con que
quede como una manzana.

Flor. Deselas allá á su mula,
señor Albeytar. *Chic.* Deo gracias.

Sale un criad. El Embaxador, señora,
para entrar licencia aguarda.

Marg. Cielos, no sabré decir
quanto aquesto hombre me cansa:
decid que entre. *sientase.*

Fed. Quién será
este Embaxador, que el alma
me anuncia un pesar? *Fern.* No sé:
oye, disimula, y calla.

Sale el Duque Cárlos con acompañamiento.

Cárl. Puesto, gran señora, que pudieran ser excusadas en mí aquestas audiencias, pues hallo en solicitarlas desapego en vos, y en mí repetidas ignorancias: aquesta no excuso, pues bien conoceis la distancia, que de un vasallo que sirve, hay á un Príncipe que manda. El Duque Cárlos:— *Marg.* Tomad asiento, y en que yo os haya dado motivo á esa queixa, *sient.* *Cárl.* no se qué razon, qué causa tengais, sino la ocasion de mis tristezas y ansias, porque el semblante de un triste siempre á los ojos engaña: esto supuesto, podeis proseguir vuestra embaxada.

Carl. No ignorará vuestra Alteza las guerras tan continuadas, que por muchos años hubo entre Borgoña y Bretaña, hasta que fuisteis, señora, el Iris de esta borrasca. Murió vuestro padre, en fin, y en su testamento manda, que le deis la mano á Cárlos, pues con esto se ajustaban las paces, quedando firmes con tan segura alianza. Vos, pues, sin mirar lo bien que á estas Coronas estaba aquesta union, elegisteis (ya fuese por su desgracia, ó ya por otras razones, que mi discurso no alcanza) para vuestro esposo á Enrique, hermano del Rey de Francia, que á traidoras manos muerto, en mejor Reyno descansa.

Fed. Esto escucho! vive Dios, que la paciencia me falta.

Cárl. Menospreciado y zeloso

el Duque (razones ambas, que si juntas, iras crecen, cada una por sí mata) viendo que á los dos conciertos, le faltais á la palabra, de que esta pendiente el mundo, y su opinion agraviada, siendo un hombre que no sufre escrupulos en la fama, su resolucion postrera hoy me escribe en esta carta. En quanto á que vuestra Alteza su casamiento dilata, hasta que del homicida tome la justa venganza, es nueva industria; porque si señas de él no se hallan, ni nadie puede afirmar, que le haya visto la cara, cómo ha de cumplir ninguno lo que un imposible ataja?

Fed. Qué no pueda mi valor volver por sí? pena estraña!

Cárl. Esto mismo á vuestra Alteza he dicho en audiencias varias, que me ha dado; pero ahora, para decir lo que falta, escueheme atentamente, porque es el Duque quien habla. Dice, pues, que si porfia vuestra Alteza en esa vana ilusion, entreteniendole á su costa su esperanza, haciendo notorio al mundo la razon con que se halla, sin mas dilacion, la guerra á sangre y fuego os declara, siendo el primero que marche delante de sus Esquadras, y por vuestras tierras entre al son de clarin y caxas, empuñando el limpio acero, blandiendo la dura lanza, vestido el gravado arnes, y la pesada coraza; y con veinte mil Infantes, hijos de Marte, en campaña

le vereis, sin que haya almena,
que por el suelo no caiga,
pues á pesar:- *Fed.* Qué esto sufra!
Carl. Del mundo:-
Fed. Detente, aguarda,
que delante de su Alteza
tan arrogantes palabras
no se sufren, quando sabes,
que en los corazones manda
de sus vasallos, pues todos
en defensa de su fama
sabrán oponerse á quantos
solicitan apremiarla;
y yo, que:-
Carl. Cómo, atrevido:-

levantase.

Marg. Estais loco? ha de mi guarda,
prendedle. *Fed.* Perdon, señora,
os pido de mi ignorancia,
que no estuve en mí. *Marg.* Dexadle,
porque accion tan arrojada
bien arguye su locura,
como al momento se vaya
de mi presencia. *Fed.* Señora,
advertid:- *Marg.* No advierto nada,
idos, aunque mas le riño,
no he visto accion tan bizarra:
Fed. Si haré, advirtiéndolo primero,
si el Duque sale á campaña,
que en vuestra defensa siempre
sabré poner vida y alma.
Fern. Yo con morir á su lado
cumpló con mi honor y fama.

Carl. Qué responde vuestra Alteza
á lo que he propuesto? *Marg.* Nada:
ya os respondió el jardinero.
Carl. Era un loco. *Marg.* Y la embaxada
que traeis, es cuerda? *Carl.* Advierta
vuestra Alteza, que yo:-
Marg. Basta
que no en vano á vuestro dueño
el atrevido le llaman.
Carl. Sabrá el Duque:- *Marg.* Bien está,
la voluntad á las armas
no se rinde. Llena, cielos,
lleva de dudas el alma.

Vase.
Carl. Cielos, qué venga yo á oír
tantos baldones? ha ingrata!

con tan indignos desprecios
á un tan noble afecto pagas!
á quien te adora aborreces!
á quien te sirve maltratas!
pues, cielos, yo he de buscar
algún remedio á mis ansias.
Y pues las mas noches viene
á divertirse á la estancia
de estos hermosos jardines,
y yo de esta puerta falsa
tengo llave, que Belardo
me dió, y están en la playa
del mar mis naves y gente,
vive Dios, que he de robarla
esta noche, pues es facil,
dandome esta puerta entrada
á este sitio conseguirlo.
Y pues baste las murallas
de esta Quinta el mar, podré
con menos riesgo embarcarla,
y llevarmela á Borgoña,
donde, si una vez se halla,
la defenderé del mundo.
Tiempo, apresura las alas
de tu curso: noche, llega
para ver, ya que me faltan
la ventura y la industria
á la fortuna aventaja.

Sale Doña Juana de muger.
Juana. Amor tirano, que así me
acrisolaste mi fé,
ya con un bien que encontré
no he de quejarme de tí.
Todos están sepultados
del sueño en la suspension:
qué mucho, si solo son
los dispiertos mis cuidados.
Con este vestido, en fin,
que con recato busqué
(y no poca dicha fué
hallarle) vengo al jardin,
á este sitio señalado,
palestra de mis desvelos;
ningun ruido siento: ay, cielos,
si habrá Fernando llegado!
Solo escucho (qué congojas!)
entre acentos diferentes,

golpes de plata en las fuentes,
soplos del viento en las hojas.
Cielos á él se le olvidó,
que como tan libre está,
sin cuidado dormirá;
mas de quién me quejo yo,
si loca y ciega (ay de mí!)
el imposible conquisto
de un hombre que no me ha visto?

Sale Don Fernando por la otra parte.

Fern. Tal obscuridad no ví;
pero segun me avisaron,
este sin duda es el puesto
donde la Dama Española
dice que aguarda; yo vengo
de la duda, y de la noche
dos veces confuso y ciego:
quién será aquesta muger?

Juana Pasos á esta parte siento:
es Celio? *Fern.* Si, el mismo soy.

Juana Rato ha que mi sufrimiento
culpaba vuestra tardanza.

Fern. Yo á mi fortuna agradezco
esta dicha; mas decidme,
quién sois? *Juana* A eso solo vengo:
una muger Española,
que por extraños sucesos
vine á Bretaña; y pues vos
sois Español, saber quiero,
si en mi Patria, que es Madrid,
estuvisteis algun tiempo.

Fern. Si señora. *Juana* Conocisteis
en Madrid á un Caballero,
cuyo nombre y apellido
eran (si mal no me acuerdo)
Don Fernando de Mendoza?

Fern. Qué es esto que escucho, cielos! *ap.*
disimular es preciso.

Juana Digolo, porque en extremo
á él os parecis tanto,
que juzgué que erais el mismo.

Fern. Aunque mas hago memoria,
de ese nombre no me acuerdo.

Juana Bien finge. *Fern.* Pero por qué
me lo preguntais? *Juana* Por esto:
yo, Celio, dexé en España
una amiga, á quien confieso,

que quiero como á mí misma;
muy noble, rica en extremo,
y no fea: aquesta Dama
vivía pared enmedio
de cierta conversacion,
donde algunos Caballeros
á entretenerse acudían,
siendo Don Fernando entre ellos
quien mas la cursaba; en fin,
de los continuos paseos,
y asistencias que tenía
en su calle, amor, que es ciego,
y por la vista penetra
lo mas oculto del pecho,
la aficionó á Don Fernando
con tal recato y secreto,
que aun con los ojos no quiso
darle á entender sus afectos.
Estando, pues, esta Dama
en una reja, asistiendo,
de su casa cierta noche,
pasaba este Caballero;
y persuadida (que fué
gran liviandad) os confieso
de su amor, con una seña
le obligó á llegar, á tiempo
que al sitio un hermano suyo
llegaba tambien, y viendo
aquel hombre á sus ventanas,
queriendo reconocerlo,
á pocas palabras ambos
desnudaron los aceros,
y el hermano de esta Dama
cayó de una herida muerto.
Fuese Don Fernando á Flandes,
segun se dixo, y viniendo
yo á Bretaña (por acaso,
que no os importa el saberlos)
me encargó mi amiga que
la avisase con secreto,
si estaba en Flandes, ó en otra
parte alguna; pues es cierto,
que ni la infelice muerte
de su hermano, ni el remedio
de la ausencia, son bastante
á borrarla de su pecho
aquel primero caracter.

Llegasteis aquí, diciendo
ser Español y Soldado:
quise informarme; y supuesto,
que vos no le conocéis,
ni señal de él hallar puedo,
quedaos con Dios. *Fern.* Esperad:
á quién en el mundo, cielos, *ap.*
tal lance habrá sucedido,
pues supe de mi suceso
lo que aun yo mismo ignoraba!

Juana Bien se ha logrado mi intento. *ap.*

Fern. Admirado estoy señora,
de tan extraño, y tan nuevo
lance de amor; pero en fin,
disculpo á ese Caballero,
pues si él estaba ignorante
de esa afición, no le ha hecho
agravio alguno á esa dama.

Juana Así lo está conociendo.

Fern. Podeis decirme su nombre?

Juana Qué os importa á vos? *Fern.* Deseo
ver un milagro de amor:

y que haya en aquestos tiempos
muger que sin darle parte
á quien ama, esté queriendo

tan firme como decís!

Juana Ese no es milagro nuevo,
pues á estar de espacio ahora,
podiera daros exemplos

no pocos. Bien mi cautela *ap.*
se logra.

Flor. Buscando á Celio *Sale Flora.*
á estas horas, y á este sitio

me traen, amor, tus enredos;
nunca tal de mí creyera:

liviana soy, vive el cielo.

Juana Ay Dios! gente en el jardín *ap.*
he sentido, y á gran riesgo

estoy, si en aqueste trage
me encuéntran aquí: el silencio
me valga, y la noche, pues

de esta suerte lo remedio. *vase.*

Fern. Proseguid, señora, pues
con mucho gusto está Celio
escuchando esas memorias.

Flor. En el jardín está, cielos,
y sin duda me escuchó;

pues habla conmigo, quiero
llegarme. *Fern.* No respondeis?

Flor. Hablad un poco mas quedo,
y tened á mucha dicha,

que el mas divino sugeto,
que hay en esta casa, os quiera

hacer favor tan supremo, *ap.*
como el que mirais. *Fern.* No ignoro

el grande favor que os debo,
en haber por mí baxado

al jardín. *Flor.* Yo os lo confieso, *ap.*
que en señora de mis prendas

ha sido un gran desacierto *ap.*
el que venga yo á buscaros, *ap.*

quando dexo en el terrero
mil amantes que por mí

están bebiendo los vientos;
y á esta hora se estarán

acatarrando al sereno.

Fern. No os dexareis ver de día?

Flor. Es temprano para eso,
que una muger de mi garvo,

de mi cara, y de mi aseo
del sol no dexa mirarse:

si sirva y merezca el buen Celio,
que despues verá la dicha,

que le ha reservado el cielo.

Fern. No parece ésta la voz, *ap.*
que yo escuchaba primero.

Dent. Marg. Flora, Leonarda, Fenisa.

Flor. Mas la Duquesa á este puesto
viene; reriraois ahora,

que yo á este sitio os prometo
venir otra vez. *Fern.* A Dios:

mas dudas que traje, llevo. *vase.*

Sale Margarita.

Marg. No he podido sosegar
en mi quarto, y así vengo

al jardín, porque de un triste
es la soledad remedio. *Sale Fed.*

Fed. Siguiendo de la Duquesa
las pisadas, y los ecos,

llego á este sitio, bien como
á imán de mis pensamientos.

Flor. Gran señora, vuestra Alteza
en el jardín? *Marg.* Qué es aquesto?

Flora, tú estabas aquí?

Flor. No pude llamar al sueño con el calor, y al jardín me salí á tomar el fresco.

Marg. Pues vete de aquí, que sola quiero estar. *Flor.* Ya te obedezco. *vas.*

Marg. Cielos, quando han de acabarse mis penas, y mis tormentos? quando con una venganza daré á mis males remedio! pero esto dexando á un lado, ¿quién será este jardinero, este Lisardo? pues hallo, que fuera de ser discreto (lenguage que no se aprende en oficio tan grosero) al Embaxador por mí, respondió con tal aliento, que obligada: mas qué digo? quando es para mas tormento, cada recuerdo un agravio, cada memoria un desprecio?

Fed. Nada de lo que habla escucho. Ay bellísimos luceros! si alumbráis, cómo mis ojos ha tanto que os sirven ciegos! Oh, si á costa de mi vida pudiera yo:—

Salen Carlos y criados con armas embobados.

Carl. Pisad quedo, pues el silencio, y la noche me ayudan para el intento; todo está ya prevenido, pues hasta un esquisfe dexo á la margen de esta Quinta, que bate el mar: con silencio seguidme todos. *Fed.* Qué escucho! gente parece que siento; y si no miente el oído, ¿quién es la puerta falsa han abierto.

Marg. Parece que oigo rumor; mas serán Lisardo ó Celio, que aun no se habrán recogido: ¿quién va? ¿quién es? *Carl.* Santos cielos, de la Duquesa es la voz; pero asegurarme intento con esta industria (ay tal dicha!)

soy señora, jardinero de vuestra Alteza. *Fed.* Qué escucho aquí hay traición, vive el cielo.

Marg. En la voz os desconozco.

Carl. Desconocida á su dueño habéis sido siempre; y pues os hallo aquí, vive el cielo, que ha de acabar la violencia lo que no ha podido el ruego; llevadla de aquí.

Fed. Ha traidores, no veis que yo la defiendo?

Marg. Ha de mi guarda, soldados, Febricio, Don Juan, Alberto.

Carl. Matadle. *Criad.* Muera.

Fed. Ha villanos! no es fácil, porque primero os he de hacer mil pedazos.

Uno. Un rayo ardiente es su acero. huyamos. *Fed.* Ha vil canalla!

Carl. Ya no es posible hacer menos que se alborota la Quinta.

Metelos Federico á cuchilladas. *Marg.* Sacad unas luces presto.

Dent. *Fed.* Huid, cobardes, traidores.

Dent. *Alb.* De su Alteza son los cobaxemos todos. *Dent.* *Fed.* Villanos de aquesta suerte mi acero castiga vuestra osadía.

Dent. uno. Al esquisfe, compañeros. *Salen todos con hachas y armas.*

Criad. Ya están las luces aquí.

Alb. Gran señora, qué es aquesto?

Marg. Ay Alberto! muerta estoy.

Sale Federico con la espada desnuda.

Fed. Ya vuestra Alteza del riesgo libre está. *Marg.* Cielos, qué miro!

que vos Lisardo, en efecto,

sois á quien debo la vida?

Fed. Corrido á escucharos llego,

porque es achacarme á mí

lo que obró vuestro respeto.

Marg. Quando es la verdad tan poco vale el ser modesto.

Fern. Vive Dios, que estoy corrido

de no haber llegado á tiempo.

Chic. Y El Doctor que ya venia

JORNADA TERCERA.

Sale Federico con azadon.

Fed. Amor, que en dulces despojos
 usurpáste á mis sentidos
 la vista por los oídos,
 y la atencion por los ojos:
 qué triunfo, qué vanagloria
 dá á tu poder invencible,
 que yo siga un imposible,
 y esclavo de mi moria,
 selle y arrastre en mis penas,
 para añadir un trofeo,
 los yerros de mi deseo,
 de mi temor las cadenas?
 de que sirve, si se advierte,
 quando executas la herida,
 que tú me quites la vida,
 si yo no temo á la muerte?
 y así, pues ningún blason
 de mí tu poder alcanza,
 ó ciegame en la esperanza,
 ó alumbrame en la razon:
 mas si olvida quien trabaja
 su pena, alto á trabajar.

Sale Don Fernando con azadon.

Fern. Amor, quién se ha de librar
 de tí, si con tal ventaja
 acometes tan veloz,
 que aun no dexan tus enojos
 al sentido de los ojos
 el consuelo de la voz!
 este retrato encontré *sacale.*
 en ese quadro, y tan ciego
 quedé á su vista, que luego
 la libertad entregué
 á su hermosura rendido;
 y si repara mi empeño,
 presumo que he visto al dueño.
 Qué amante la habrá perdido,
 descuidado en el jardín?
 sin vida estoy! yo estoy loco!
 todo es dudas quanto toco;
 y para matarme, en fin,
 entre confusos desvelos,
 de mi fortuna el rigor,

D

an-

antes que con el amor,
me acomete con los zelos.
Pero en dolor tan tirano,
con secreto he de saber
quién es aquesta muger.

Fed. Fernando? *Fern.* Señor?

Fed. Temorano has venido á la tarea
del jardin. *Fern.* Como en rigor
tú rindes feudo al amor,
dudas que en otro se emplea
su poder; y te aseguro
que á cultivar estas flores
vine libre, y sus rigores
siento ya, porque seguro
ninguno esté de su engaño.

Fed. Luego tú, segun infiero,
ya eres de amor prisionero?

Fern. Por el modo mas extraño,
que pudo hallar el deseo,
á su violencia he rendido
la libertad y el sentido:
mira esa copia. *Fed.* Ya veo
su hermosura, y he notado,
aunque el pincél encarece
su primor, que me parece
que he visto de este traslado
el original. *Fern.* Pues yo,

si decirte verdad trato,
me he rendido á ese retrato:
esta mañana le halló
mi cuidado entre esas flores,
y al ver su rara beldad,
se llevó mi libertad.

Fed. De tan extraños amores
me riera, á no saber,
que otro retrato, en rigor,
fué motivo de mi amor:
pero, dime, qué has de hacer,
si no conoces el dueño
de esa copia? *Fern.* Recatado
procurará mi cuidado
facilitar este empeño,
y así, averiguar podré
quien es muger tan divina,
que tanto á amarla me inclinano.

Fed. Difícil empeño fué,

Pero dexando esto á un lado,
qué te parece, en rigor,
de este mi imposible amor?

Fern. Que siento verte empeñado
en tan difícil empresa,
aunque del tiempo imagino,
que presto abrirá camino
á tu dicha. *Fed.* La Duquesa
(después que el Duque traidor
de Borgoña, del jardin
la quiso robar, en fin,
fingiendose Embaxador
de sí mismo, y con secreto
de Bretaña se ausentó,
y la guerra publicó,
como zeloso en efecto,
y agraviado) agradecida,
muestra en qualquiera ocasion
deberme la obligacion
de haberla dado la vida.
Mas qué importará (ay de mí!)
que esté á mi esfuerzo obligada,
quando la tengo agraviada?

Pero á Margarita ví
entre aquesos eminentes
ramos, que con mil primores
cubren y enlazan las flores,
que á la estancia de las fuentes
se encamina; y en rigor,
no puede mi pecho amante
estar sin verla un instante:
á Dios, Don Fernando.

Sale Flor. Amor,
vendado rapaz artero,
todo engaños, todo horrores,
que conociendo mil flores,
me rindes á un jardinero,
yo te ofrezco:— mas ya tengo
al tal Celio en la estacada;
confusa estoy y turbada.

Al paño Chic. Buscando á Florilla
que en fin, es Dama segura;
pero mi amo está allí,
quiere escuchar desde aquí.

Flor. Qué diras de tu ventura,
Celio, si á buscarte viene,
levantandose al aurora

no menos, que toda Flora
Gonzalez? *Fern.* Que me previene
una dicha no pensada;
Flor. mas decid, qué me queréis?
Flor. Parece que no atendeis:
digo que vengo inclinada
á ese talle, á ese azadon,
y á ese capote grosero:
entendedlo, majadero.

Fern. Confieso mi obligacion:
y aunque serviros disponga,
mi humildad está estorvando
mi dicha. *Chic.* El tal Don Fernando
no la escupe, aunque es mondonga:
rabiando estoy. *Flor.* Pues supuesto,
que nadie ahora nos mira,
estor brazos:— *Chic.* Brava gira.

Flor. Confirmarán:— *Sale Chichon.*
Chic. Qué es aquesto,

Celio, Flora? *Flor.* Hado cruel!
Chic. Cómo en esta estancia bella
está tan perdida ella,
y está tan hallado él?
Así el culto se profana
del Palacio donde habita
la Duquesa Margarita?
Falsa, coquina, liviana,
ya que el amor altanero
os marcó con su betún,
no era mucho mejor un
Médico, que un jardinero?
y vos, velitre, ruin,
decid, cómo tan de espacio
enamoraís en Palacio?

No habláis? Pues por San Quintin,
que he de castigar traiciones
de un bribonazo tronera,
que enamora con montera:
toma aquesos mogicones,
mientras con este reclamo
voy á la Duquesa luego,
porque los castigue. *Flor.* Fuego.

Chic. Gran gusto es pegarle á un amo.
Flor. Dotor, por amor de Dios,
que no sepa mi señora
mi liviandad. *Chic.* Basta, Flora,
y agradecedme los dos,

muy grave.

que de traicion semejante
(quien tanta lealtad profesa)
no dé parte á la Duquesa,
y sin parar un instante,
vaya muy en hora mala
el picaro á trabajar,
y vos Flora, entraos á hilar.
Flor. Qué pena á mi pena iguala?
ya obedezco. *Chic.* Vaya, enmiende
su vida, escuche, Zagala,
y si quisiere ser mala,
aquí está el Dotor; ya entiende. *vas. Flor.*

Fern. Vive Dios, borracho, loco,
que ha de castigar mi mano
tu atrevimiento villano. *pegale.*

Chic. Señor, vete poco á poco.
Fern. Qué causa, dí, te ha movido
á esta accion? *Chic.* Fiero dolor!
qué mayor causa, qué amor?

Fern. Pues infame, mal nacido,
si el demonio te ha cegado,
y que ame un picaro ordena,
he de pagar yo la pena
de que estés enamorado?
toma, traidor. *dale.*

Sale Doña Juana Celio, amigo:
qué es esto, señor Dotor?
vos descompuesto? *Chic.* En rigor,
si aquí la verdad os digo,
(que me hizo dos mil mercedes *ap.*
Don Juan en venir, confieso)
yo entré aquí lleno de yeso
de arrimarme á las paredes:
pedile con humildad

á Celio, que me limpiára;
y él con maña y fuerza rara,
alzando con caridad
la mano diestra al desgaire,
me sacudió con tal zelo,
que á la capa quitó el pelo,
y el yeso le arrojó al aire:
y así, el que quisiere, acuda
á Celio á limpiarse bien,
porque en mi vida ví quien
mejor el polvo sacuda.

Juana Escuchadme, Celio, aparte:
asi averiguar podré,

D2

ap
si

si halló mi retrato, que
anoche dexé con arte
en ese quadro florido,
donde suele trabajar.
Aquí vengo á averiguar,
si un retrato que ha perdido
aquella Española, aquella
dama que anoche os habló,
vuestro cuidado le halló
en aquesa estancia bella
del quadro que cultivais,
y vengo á saberlo yo,

Fern. Porque anoche le perdió.
ern. A poca costa le hallais:
este es, Don Juan, el retrato,
y al verle mi duda crece, *saca el retrato.*
porque á Don Juan se parece.

Chic. Los dos con grande recato *ap.*
hablan, y yo he presumido
saber, qué encubren de mí;
quiero acercarme, que ví
el retrato, y parecido
de Don Juan tiene en la mano:
aunque le acecho tan listo,
solo la cara le he visto.

Fern. A dádrosle no me allano,
porque fuera accion impropia
volver mi mano importuna
lo que me dió la fortuna.
Yo he de guardar esta copia,
como á centro, no os asombre,
de un alma que le he entregado.

Chic. Mi amo está endemoniado,
por Dios, que enamora á un hombre.

Fern. Que aunque jardinero he sido,
amor, que es Dios inmortal,
hoy con poder desigual,
al mas humilde han herido
sus flechas *Chic.* Cielos, qué escucho!

Juana Albricias alma, pues veo *ap.*
que se logra mi deseo:
yo en dexasle no haré mucho,
quando su dueño desea
serviros. *Fern.* Tanto favores
os agradezco. *Chic.* Señores,
habrá quien aquesto crea?
nunca tales desatinos

creí en mi amo. *Fern.* Y amando
he de morir. *Chic.* El Fernando
es inclinado á lampiños.

Juana Que os han de pagar presunto
fineza tan singular;
que agradecer no es amar.

Chic. Esto ha de parar en humo.
Juana Que seais muy fino os ruego
puesto que amor os empeña
con ese retrato. *Chic.* Leña.

Juana Porque lo merece. *Chic.* Fuego
Fern. Pues mi pecho no sabrá,
ya que tan de veras ama,
qué Dama es esta? *Juana* La Dama
Española os lo dirá;
pero la Duquesa llega
á este sitio. *Fern.* A Dios. *Juana* A Dios

Vanse los dos, y sale Margarita.
Marg. Buenos estamos los dos:
fortuna inconstante y ciega,
puesto que con tiranía
(olvidando mi respeto)
me rindes á un vil objeto,
tanto, que mi fantasía
juzga si amor:- mas qué digo?
amor pronuncia mi boca?
sin alma estoy! yo estoy loca:
ha pensamiento enemigo!
ha lengua vil, que en mi agravio
te delizas tan atroz!

vive entre el alma, y la voz,
muere entre el pecho, y el labio.
Sale Fed. Siguiendo los pasos vengo
de mi adorada enemiga:
amor, si mi fé te obliga,
pues á tu imperio prevengo
las potencias y sentidos,
para aplacar sus enojos,
ponle mi llanto á los ojos,
y mi queixa á los oídos:
qué hermosa está! apenas mueve,
por admirar sus primores,
el zéfiro aquestas flores.

Marg. Si á mi grandeza se atreve,
pensamiento, tu osadía,
castigará mi alvedrio
tan notable desvarío,

tan extraña fantasía.

Vivan en igual balanza,

sin admitir sus antojos,

en mi agravio mis enojos,

mis iras en mi venganza,

(apenas á hablar acierto)

hasta que aquel homicida

traidor le quite la vida.

Fed. No podras, que ya estoy muerto.

Marg. Dotor? Lisardo, qué haceis

tan temprano en el jardin?

Fed. Yo, como trabajo, en fin,

en esos quadros que veis,

al ver que amor me destierra

de España, mi pensamiento

daba sus quejas al viento,

y su esperanza á la tierra.

Marg. Luego en vuestro pecho dura,

si mi atencion no se engaña,

aquel cuidado de España?

Fed. Es tan grande su hermosura,

que ciego, amante y rendido,

sin que jamás esté ausente,

la tengo siempre presente.

Marg. Pues cómo, loco, atrevido,

(qué es esto, cielos!) de amor

hablais tan osado aquí?

no sabeis, que vive en mí

solo el odio y el rencor,

la destemplanza, la ira,

la venganza, y la pasion?

es amor, en conclusion,

mas que una leve mentira,

que introducen en la idea

los ojos? *Chic.* Por San Pasqual,

que este huevo quiere sal.

Marg. Pues quién habrá que le crea,

siendo una sombra, un engaño,

y una fingida quimera,

que alma, honor, y vida altera?

Fed. Yo, si aqui (por Dios, que extraño

su mudanza) os ofendí:—

Marg. Dexame que me he llevado

de mi pena y mi cuidado,

ciega estoy, no estoy en mí,

que yo no puedo poner

leyes á vuestro alvedrio.

Fed. Si no fuera desvario,

creyera que esta muger

obligada:— pero el labio

mente, si tal imagina,

que en su hermosura divina

aun la sospecha es agravio.

Marg. Dotor? *Chic.* Gran señora?

Marg. En fin,

que remedio al dolor mio

no hallais? *Chic.* Si vuestra salud

la destempla ese prolijo

afan de vengaros, cómo,

aunque estuviera aqui el mismo

Galeno, os ha de sanar?

solo un remedio imagino,

que ha de aprovecharos mucho.

Marg. Decidle. *Chic.* Soy encogido,

y no quisiera enojaros.

Marg. Yo, por qué? *Chic.* Pues lo que digo

es, que echeis esas venganzas

en infusion de un marido,

que os merezca, y en dos dias

quedareis como un palmito.

Marg. Con su gracia me divierte. *ap.*

Como he de tener arbitrio

para casarme, si dí

palabra á los cielos mismos

de nunca tomar estado,

mientras que de mi enemigo

no me vengára? *Chic.* Por eso. (co:

Marg. No os entiendo. *Chic.* Ya me expli-

elegid entre tan grandes

Príncipes, como han venido

á pretender vuestra mano,

el de mas valor, mas brio,

mas opinion, y mas fama,

que muy amante, y muy fino

os vengue de aquel vinagre;

y á fé, que yo he conocido

uno que puede casarse,

por valiente y entendido,

galan y discreto con

la muger de Calaiños,

y el Preste Juan de las Indias,

mas no me atrevo á deciros,

sin vuestra licencia, el nombre.

Marg. No ví humor tan peregrino. *ap.*

vues-

vuestro despejo la tiene para todo. *Chic.* Mi artificio se ha de lograr: pues sabed, que este novio es Federico, de Napoles heredero, y á no ser mi grande amigo, dixera de él, que es valiente sin presuncion; que es bien quisto sin lisonja, que es discreto sin vanidad, ni capricho; que sin cuidado es galan; que es generoso sin ruido; amante sin esperanza; y que solo á veros vino de su Corte disfrazado, siendo el que mostró mas brio en los torneos: mas esto la fama podrá decirlo mejor, porque yo mil veces he comido, y he bebido con él, y soy sospechoso.

Fed. Con qué agudeza le ha dicho mi amor! *Marg.* Aqueese remedio no es para los males míos.

Chic. No dió lumbre; pero yo volveré á alzar el gatillo, pues no sea; y entre tanto que otro, señora, os aplico, os cantarán una letra, que entre esos quadros floridos ya los musicos esperan.

Marg. Canten, y estad adviertido, lo que sea triste. *Chic.* Absitadnos? eso no, por San Cirilo, que ha de ser de amor y alegría: su Alteza por Jesu-Christo, que se dexa gobernar, y que no arguya la digo con el Médico en su vida. Cantad aquel estrivillo, y letra que hizo Lisardo.

Marg. Esperad: mal me reprimó: luego Lisardo es Poeta? *ap.*

Fed. Yo, señora, como he sido soldado: *Marg.* Y direis tambien, que amante? No, no me admiro, que hagais versos: canten, pues.

Fed. Ayuda amor mis designios. Ponese Federico á trabajar, dentro.

Mus. „ Digan, qual será mayor „ gloria, saber perdonar „ la injuria, ó aventurar „ la vida por el amor?

Repite Marg. Digan, &c. Y esto poneis en question, Lisardo? *Fed.* Sí: yo afirmo, que tiene dificultad, saber qual accion ha sido mas noble, olvidar la injuria, ó aventurarse muy fino un amente por su dama, ó perder la vida. *Marg.* Digo, que perdonar un agravio, si toca al honor, ha sido la mas difícil accion: y buen exemplo es el mio, pues no puede mi grandeza, mi razon, ni mi alvedrio olvidar la alevosía

de aquel tirano enemigo alevé. *Fed.* Si ha de costaros lágrimas, que del rocío de la Aurora: quajó el Cielo en vuestros ojos divinos, se dexará el argumento.

Chic. Dexadla llorar, amigo, que para ensanchar el pecho, y desahogar los visivos espíritus, es el llanto (segun Averroes dixo) gran sopa del corazon.

Marg. Este afecto solo es hijo de mis iras: proseguid.

Fed. Pues supuesto que me animo con vuestra licencia, yo, que es mas noble accion afirmo, aventurar por la dama

la vida, que al enemigo perdonar la injuria. *Marg.* Pues yo lo contrario me obligo probar, *Fed.* Oid mi argumento.

Marg. Escuchad primero el mio. *Mus.* „ Digan, qual será mayor, &c.

Marg. Aventurarse quien ama á morir, es una loca accion que á la vida toca, pero no toca á la fama. Mas si uno apagar la llama de su honor vió, y en rigor le perdona al ofensor de su agravio los baldones, graduando estas acciones;

Ella y Mus. „ Digan, qual será mayor?

Fed. El que se arriesga á la muerte por su dama, ya podía, pues todo al hado se fia,

favorecerle la suerte; mas quien sin honra se advierte, y su agravio ha de vengar, si su afrenta ha de olvidar, y á sí mismo se ha de herir,

como le podrá añadir:

El Mus. „ Gloria saber perdonar?

Fed. Está el perdon tan unido á un noble pecho; que infiero, que el perdonar fué primero,

que haber su ofensa sabido; luego el amante atrevido, que osa morir por amar,

obra accion mas singular, pues quando su fé le abona, no le dexa al que perdona:

Ely Mus. „ La injuria que aventurar.

Fed. Vencerse á sí mismo, fuera siempre una gloria inmortal, y no fuera racional

quien perdonar no supiera; luego bien se considera, que será hazaña menor

haber un hombre, en rigor, sus ofensas perdonado,

que haber otro aventurado;

Ely Mus. „ La vida por el amor.

Marg. Yo soy de este parecer.

Fed. Yo, aunque á vuestra Alteza atiendo, mi opinion he de seguir,

que es mas piadoso motivo, puesto que el que muere amando,

Marg. Callad, que siempre os he visto ser de parte del amor,

y me cansa el ver tan fino á un humilde jardinero.

Chic. Yo quiero quemar mis libros, si no está como una breva la señora. Bien ha dicho su Alteza, que es muy mal hecho, que se meta en discursillos de amor un pobre trompeta. Id á trabajar al sitio, que os toca, y no me seais bachillér, que no es lo mismo ser Poetas, que sembrar verengenas y pepínos. Y venga tu Alteza, pues la tengo ya prevenido las gondolas y remeros, á surcar el cristalino golfo de esa hermosa playa, que en sus ondas determino, Deo volente, otear esos impetus nocivos, que os sofocan el ambiente.

Marg. Vamos, que así solicito templar aquesta pasion: mas qué acentos repetidos son los que ocupan el viento?

Sale Alb. Aunque prudencia no ha sido traer una mala nueva, mi noble lealtad previno no escusaros el disgusto, porque el remedio mas fijo en la prontitud se halla. Esos ligeros navios, que infestando vuestras costas, de paladiones de pino, preñadas de armada gente, vienen cortando los giros del mar, y del viento, de Carlos, el atrevido Duque de Borgoña, que irritado, segun dixo la fama, á vuestros desprecios, viene airado y vengativo, á que logre la violencia lo que no pudo el cariño: y así, tu Alteza.

Marg. Esperad, que al escucharos me irrita,

de

de que el atrevido Carlos
 quiera reducir al filo
 de la espada mi palabra,
 mi razon y mi alvedrio.
 Y puesto, que de su intento
 tan repetidos avisos
 hemos tenido, y nos halla
 como es justo, prevenidos
 para tan dudosa guerra,
 y viene en persona el mismo
 acaudillando sus tropas:
 yo, que solamente fio
 á mi brazo mi defensa,
 pues por ella no desisto
 de mi inviolable promesa,
 ni falto á lo prometido
 de no salir de esta Quinta
 en tanto, que á mi enemigo
 no quite la vida, haré,
 que el orgullo, y los designios
 del soberbio Duque, tengan
 en mi valor el castigo
 merecido á su locura;
 pues antes que el sol, Narciso
 del mar, la madeja rize
 en su espejo cristalino,
 he de buscarle en campaña,
 ceñido el acero limpio,
 abrazado el fuerte escudo,
 y el gravado arnés vestido,
 delante de mis Esquadras,
 sobre el alado Hipogrifo,
 para que al probar la saña
 de mi aliento, y de mi brio,
 se desengañe, aunque tarde,
 de que una muger ha sido,
 en defensa de su honor,
 un aspid, un basilisco,
 un etna, un boacán, un rayo,
 un asombro y un prodigio.

Alb. Vuestra Alteza se repone,
 pues teniendo en su servicio
 Capitanes tan valientes,
 aventurar al arbitrio
 de la suerte vuestra vida,
 fuera una accion:— *Marg.* Conde, ami-
 servid, y no repliqueis.

Alb. Yo, señoras:— *Marg.* Qué pro-
Alb. Si estas canas:— *Marg.* Vuestro

le reconozco y estimo;
 mas un consejo he de daros.
Alb. Ya le espero. *Marg.* Y yo le
 que no me deis otra vez
 el consejo que no os pido:
 venid. *Alb.* Estraña muger!

Marg. Y creed del valor mio,
 que muy presto he de vengarme
 de Carlos el atrevido.

Quedan Federico, Don Fernando
 Chichon.

Fed. Ay Fernando! yo estoy muerto
 ay Chichon! yo estoy sin juicio
 de ver el riesgo á que vá
 la Duquesa: qué haré, amigos!
 apenas á hablar acierto.

Fern. Aqueste lance es preciso
 dexarselá á la fortuna,
 pues los tres hemos cumplido
 con aventurar las vidas
 en su defensa. *Chic.* Conmigo
 vá segura, pues llevando
 un Médico en su servicio,
 con su mula, y su gualdrapa,
 lleva contra su enemigo
 el montate de la muerte.

Sale Laur. Que estaba en aqueste sitio
 me dixerón. *Fed.* Yo, Fernando,
 morir á su lado elijo:

Ay de mí! pero qué veo?
 repara en Laurencio.

no es Laurencio? *Laur.* Señor mio
 dadme las plantas. *Fed.* Detente,
 que en este jardin cultivo
 las flores, y soy Lisardo,
 que aquí no soy Federico,
 ni soy Duque de Calabria;
 y dime si ha respondido
 el Rey mi padre á la carta,
 que le llevaste. *Laur.* El rocío
 del alva no le reciben
 aquecos campos floridos
 con tanto gusto; señor,
 como el Rey enternecido,
 pensando que ya eras muerto,

la abrió, y al instante mismo
mandó alistar una armada
de galeras y navíos,
en que vienen embarcados,
de Marte y Belona hijos,
doce mil soldados viejos,
de quien el Conde Filipo
es Capitan General,
que cerca de este distrito,
en una oculta ensenada,
dió fondo con sus navíos;
y yo en un ligero esquife
vengo á darte aqueste aviso
para saber lo que ordenas.
Fed. Con mis brazos te recibo,
y presto pienso premiarte.
Amor, á tus aras rindo
esta dicha. Don Fernando,
ya veis el grande peligro
de la Duquesa, y pues somos
los dos, dos exemplos vivos
de amistad :- *Fern.* Yo solo soy
vuestro esclavo. *Fed.* Determino,
que asistiendo á Margarita,
siendo escudo vuestro brio
de su belleza, os quèdeis
en Breña. *Fern.* Yo no elijo,
sino obedezco, y os juro
de morir constante, y fino
á su lado en su defensa.
Fed. Esa palabra os admito,
y ahora dadme los brazos,
porque luego determino
en aque se mismo esquife
dar la vuelta á los navíos,
para echar la gente en tierra.
Fern. Los hados siempre propicios,
heroico Principe, os guarden.
Fed. Y á vos, Español invicto,
os saquen del grave empeño
en que os dexo. *Fern.* Por serviros,
en nada estimo la vida.
Fed. Solo en mi pecho ha cabido
mi agradecimiento : á Dios,
Fernando. *Fern.* A Dios, Federico.
Salen el Duque Carlos y soldados.
Cárl. Ya Capitanes y soldados mios,

que me aseguran vuestros nobles brios
el buen suceso de tan justa guerra,
y desde el mar eché la gente en tierra,
formad la linea, y desde aquesta parte,
al son horrible del sangriento Marte,
erigid las trincheras y fortines,
que han de ser contrapuestos revellines,
á Breña, esa plaza donde habita
la cruel, la indomable Margarita,
cuyo rigor, si la razon se mira,
tan justamente motivó mi ira.
Margarita, que al paso que es hermosa,
se precia de intratable y rigurosa:
Margarita, que hurtando á amor las alas,
dá envidia á Venus, y temor á Palas.
Abran, pues officiosos y arrogantes
el señalado número de Infantes
los ataques qué al foso se encaminan;
y pues estas montañas predominan
el homenaje de sus fuertes muros,
porque de mi rigor no estén seguros,
sirviendo aquestas cumbres de bastiones,
asesten á la Plaza diez cañones,
á cuyo estruendo se conviertan luego
en humo, en nada, en polvo, en san-
gre, en fuego:
y vea, pues, Margarita una esperanza,
y entre sus sinrazones mi venganza.
Mas qué militar estruendo *caxas.*
es el que en forma de marcha
ocupa el viento? *Salen un soldado.*
Sold. Señor,
pon en orden tus esquadras,
si no quieres que el descuido
ocasiona una desgracia
á tu gente, porque viene
la Duquesa de Breña
delante de sus hileras,
con su ejército en batalla
acia tu campo; y segun
el denredo con que marcha,
la batalla viene á darte.
Cárl. Pues qué mi furor aguarda?
ea, valientes soldados,
hoy es el dia en que llama
la fama á mayores timbres:
á fuego y sangre se haga

la guerra, no quede vivo ninguno, siendo murallas vuestros generosos pechos, que resistan la arrogancia del enemigo. *Dentro Marg. Soldados*, para esta ocasion os guardo la fama inmortales glorias: toca al arma. *Carl.* Toca al arma, y á embestir, soldados míos.

Empiezas la batalla entre unos y otros, y sale Margarita, pelea con Carlos, y los suyos, y siempre á su lado Don Fernando y Doña Juana, y acabada la batalla salen Margarita, Alberto, Don Fernando y Doña Juana.

Marg. Ay de mí, que mi tardanza ocasionó esta desdicha! mi gente vá derrotada, y el ejército sin orden ha vuelto ya las espaldas.

Dent. Victoria por el gran Duque de Borgoña. *Marg.* Ha vil tirana fortuna! Conde, qué haremos?

Alb. Ya en este lance no halla mi consejo otro remedio, que con las rotas esquadras tomar ese inculto monte, y en su maleza intrincada abrigaros, entre tanto, que podamos en las pardas sombras de la obscura noche volver, señora, á la Playa por el camino del rio.

Marg. Vamos, pase la palabra, y marche el campo. *Tod.* Soldados, al monte, *vause.*
Salen el Duque Carlos, y los suyos.

Carl. Seguidlos, ardan en materiales pavesas árboles, troncos y ramas: mueran todos, en su sangre se acrisole mi venganza, como viva Margarita, á cuya deidad consagra mi fé el alma, y los sentidos. *caxas.* Mas esperad, que estas caxas, y clarines nos avisan,

de que en su socorro marcha alguna gente; y ahora, si la vista no me engaña, desde mas cerca descubro, que poblando la campaña ejércitos numerosos de forasteras esquadras, ácia mi campo se acercan. Quién será, fortuna airada, el que tan en contra mia á socorrer á esta ingrata viene en ocasion, que ya vencida y desbaratada, escaparse de mis manos no es posible? Pero es vana ilusion gastar el tiempo en discursos, ni palabras. Venga en su defensa el mundo, que mientras ciño esta espada, el tener mas que vencer, dará mas gloria á mi fama; y no será la primera vez, que armado en campaña, vence el atrevido Carlos en un dia dos batallas.

Dent. Fed. A ellos, soldados míos; y si Margarita falta del campo, no quede vivo ninguno. Ha fiero canalla!
Salen Federico cubierto el rostro, y dados, y embisten con Carlos, y los suyos.

de aquesta suerte mi acero sabrá vengar la desgracia de la infelice Duquesa.

Carl. Y yo enfrenar tu arrogancia con mi valor, y mi brio.

Dase dentro otra batalla, y salen Federico y Carlos.

Fed. Ya estamos en la campaña los dos solos, y mi aliento ha de vengar con la espada dos agravios que me hiciste en Bretaña. *Carl.* Si recitas de mí el rostro, será ocioso responder: hablen las armas, y calle la voz. *Fed.* Espera,

que no ha de ser con ventaja

la lid: ya estoy descubierto. *descubrese.*

Cárl. No eres tú, si no me engaña

la vista, aquel jardinero,

que en la Quinta trabajaba

de la Duquesa? *Fed.* Ese mismo

soy. *Cárl.* Pues no dirás qué causa

te obliga á este empeño? *Fed.* Solo

el castigar la arrogancia

con que hablaste á la Duquesa,

queriendo despues robarla,

del jardin aquella noche.

Cárl. Pues el sitio nos iguala,

hable el acero. *Fed.* Gran brio! *riñen.*

Dent. No ví fuerza tan extraña!

Dent. Victoria por Federico.

Fed. Monstruo de Borgoña, acaba

de asegurar mi fortuna.

Cárl. Ya me tienes á tus plantas

sin honor y espada: cielos,

para qué mi vida guardas,

si he perdido á Margarita?

Salen todos, y cubrese el rostro Federico.

Marg. Acia esta parte sonaban

las voces del Duque Carlos:

muera. *Fed.* Suspended las armas,

que es mi prisionero el Duque.

Albricias, amor, pues hallas

sin peligro á Margarita.

Marg. Esa inmunidad te valga;

y pues debo á vuestro amparo

vida, honor, estado y fama,

generoso Caballero,

no así encubra la celada

vuestro rostro, y descubrios,

para que con vida y alma

os pague esta obligacion.

Fed. Es tan grande mi desgracia,

generosa Margarita,

que si aquí os muestro la cara,

y sabeis quien soy, es cierto,

que ofendida é irritada,

olvidada de vos misma,

ha de trocar vuestra saña

en odio las gratitudes,

la obligacion en venganzas;

y os estimo de manera,

que por no haceros ingrata

(delito que á la grandeza

tanto ofende, y tanto mancha)

quiero ausentandome ahora,

no aventurar vuestra fama,

aunque aventure la vida:

marche el campo ácia la Playa,

y toca á embarcar. *Marg.* Teneos,

que es repetida ignorancia

presumir de mi grandeza,

que no reconozca hidalga

(que honor y vida me disteis)

lo que os debe, y lo que os paga:

descubrios, y creed

que no puede ser ingrata

quien su obligacion confiesa.

Fed. Puesto que con tal instancia

me lo manda vuestra Alteza, *descubrese.*

ya lo estoy. *Marg.* Yo estoy turbada:

no es Lisardo? *Fed.* No señora,

sino el Duque de Calabria,

del Rey de Napoles hijo.

Marg. Pues cómo tu Alteza estaba

de jardinero en la Quinta?

Fed. Porque obligado á la fama

de vuestra hermosura, vine

disfrazado de mi Patria

solo á servir, señora.

Marg. Aunque una accion tan bizarra,

Principe heroico, me obligue,

mayormente quando tantas

finezas os debo, es cierto,

que es imposible pagarlas,

sin faltar al juramento,

que inviolablemente guarda

en mi venganza mi pecho.

Y supuesto, que restaura

vuestro valor este estado,

con dexaros de Bretaña,

el absoluto dominio,

y vivir yo retirada

en esta Quinta, he cumplido

mi obligacion. *Fed.* Si embaraza

esa palabra mi dicha,

tambien me disteis palabra

de ampararme en vuestra tierra

contra el furor, y la saña

de

de mi mayor enemigo.

Marg. Y estoy, Príncipe, obligada á cumplirla. *Fed.* Pues, señora, (ayude amor mi esperanza) amparadme de vos misma.

Marg. Pues yo, cómo? duda estraña! soy vuestro enemigo? *Fed.* Como soy el mismo que en campaña derribó al difunto Enrique cuerpo á cuerpo, y lanza á lanza, y despues le dí la muerte en defensa de mi fama y vida en aquel sarao. Y pues la injuria no agravia, si no toca en el honor, y la segunda palabra os quita de la primera, pues sin perder vuestra fama no podeis ser contra mí, arrodillase. humilde pido á esas plantas, que premieis tantas finezas como debeis á mi espada, y á mi pecho. *Marg.* Alzad del suelo, que no puedo ser ingrata á tantas obligaciones, quando convencido se halla mi rencor; y si cruel

reusara mi venganza

Rendirse á la Obligacion, fuera quebrar la palabra, que os he dado: esta es mi mano.

Fed. Tú, Don Fernando, qué agüero llega á mis brazos, en tanto que mi obligacion te paga lo que te debe. *Marg.* Don Juan, pues servisteis en campaña con valor, pedid mercedes,

Juana Lo que pido á vuestras plantas es que me caseis con Celio.

Marg. Pues cómo (locura estraña!) con un hombre he de casaros?

Juana Como yo soy Doña Juana de Lara, y hermana soy de aquel Don Diego de Lara, que Don Fernando, sin culpa, mató junto á mis ventanas aquella infelice noche,

que en su seguimiento:- *Fern. Baso*

que tan grande obligacion con mi mano he de pagarla.

Juana Tuya soy. *Marg.* El Duque libre á sus estados vaya.

Tod. Y aquí acaba la Comedia, perdonad sus muchas faltas.

Año de 1795.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion' Germa. junto á Barrio Nuevo; en la misma se hallan todas las Comedias y Tragedias modernas, Comedias antiguas, Autos Sacramentales, y al Nacimiento, Saynetes, Entremeses y Tonadillas y por docenas á precios moderados.